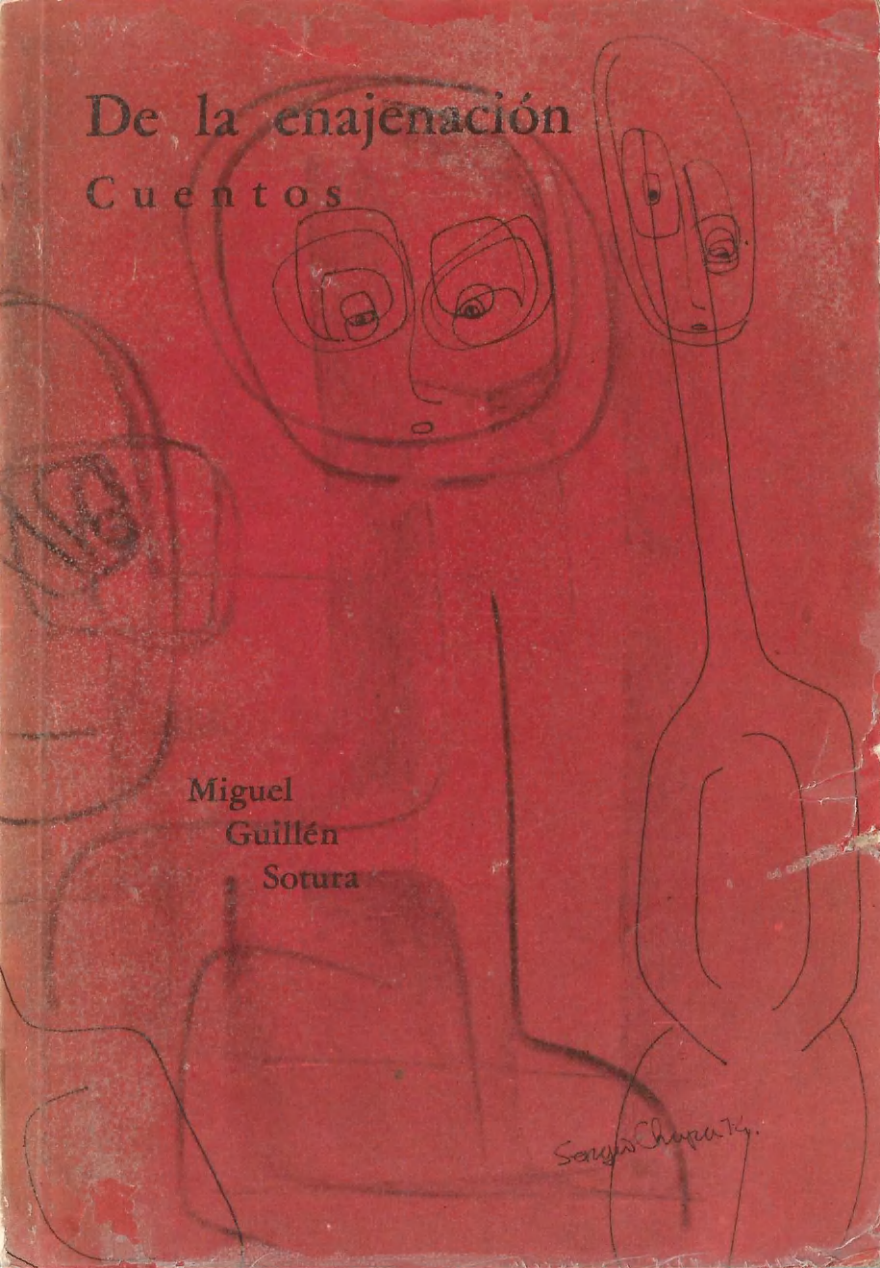
# De la enajenación

## Cuentos

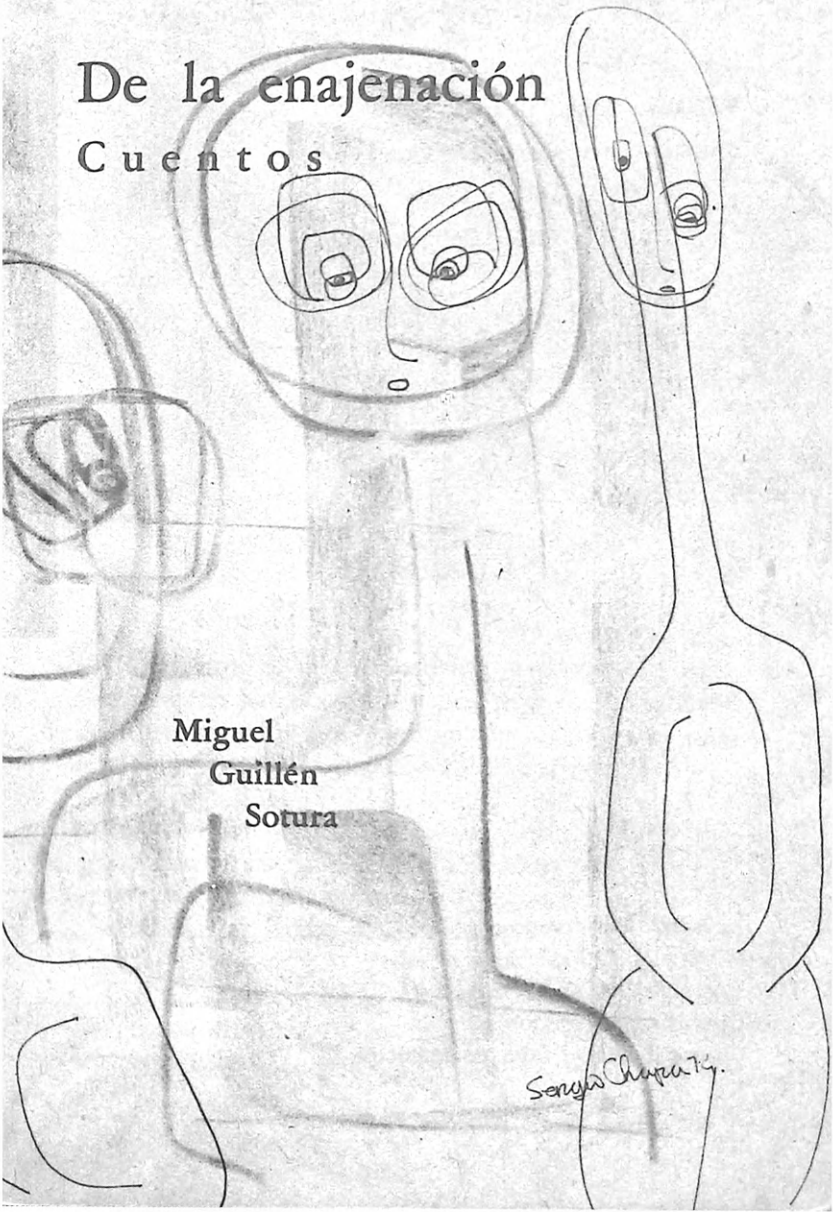


Miguel
Guillén
Sotura

# De la enajenación
## Cuentos

# De la enajenación

## Cuentos



Miguel
Guillén
Sotura

Prólogo: Helia Paz Rivera

Portada: Sergio Chapa

Ilustraciones: Enrique D'Flon
Leticia Prado
Javier Robledo R.

Derechos Reservados:
© Miguel Guillén Sotura
Fernando de Alva Ixtlixóchitl Nº 8
Circuito Historiadores
Ciudad Satélite, Edo. de México

## PROLOGO

Un cuento es una impresión y como tal, pasa por nuestro pensamiento y nos deja la posibilidad de enriquecerlo, por la sugerencia, con la imaginación y en su caso, con la duda, por la investigación.

Sin olvidar la estética en el estilo, es indispensable que el escritor se olvide de los temas rebuscados de situaciones, que sin dejar de ser reales, abandonan al lector con la mirada fija de insubstancia.

En lo cotidiano están los motores de las actitudes de la mayoría de los individuos, incluyendo a los verdaderos intelectuales de la literatura, que

están involucrados en los mecanismos comunes, tanto sociológicos cuanto comerciales y políticos.

En la empresa moderna es requisito ineludible contar con ejecutivos enajenados en una visión unidimensional de la vida; que no soportan otro pensamiento fuera del establishment; que éste sea su dignidad y su razón de vivir; que sean capaces de sacrificar en sus aras lo auténticamente humano; su integridad, la lealtad, el amor.

Las plantas carnívoras con terminación S. A., se alimentan de los sueños y sentimientos de su apican humano y nosotros nos entregamos en holocaustos, con tal de estar en un privado decidiendo sobre asuntos ya decididos.

La literatura no está exenta de influencias comerciales y los "booms" se inventan con el mismo proceso que las pastas dentríficas y los detergentes.

Es vital para la supervivencia de las letras, encarar los problemas que incuban las gentes, que, pensando en el futbol, mueven la economía, base de la posibilidad de vivir... y de escribir.

La enajenación y el enajenado es el tema vertebral de esta colección de cuentos de Miguel Guillén.

El enajenado, hecho ajeno, fuera de sí, perdiéndose en el polvo, haciéndose piedra sin meta y sin conciencia. Viviendo el presente sin raíz y sobreviviendo a un futuro deformante y conformante, como el del canto rodado:

Todos iguales, unidos en el ritmo masivo que

nos niega lo propio individual; privados de la plena conciencia que circunscribe al ser desde su contorno hasta su destino.

Pero además, felices en una unión que no es la que nos une con el "próximo" prójimo; que no es lo que nos lleva a decir y a crear para el hombre de todos, para la dicha de todos.

Y sí es la unión que mimetiza allí en la misma mugre. No queremos ver la luz, "volviendo la cara al suelo se revolvieron en el fango, alegres."

Olvidando el pasado creador del pensamiento evolucionado, que escribió sobre la pauta del horizonte, los posibles caminos ascendentes para la humanidad y que sigue escribiendo el grito amargo del extraviado, del enajenado, oscuro testimonio que no vemos, que no oímos, por que el polvo, la dureza, el ruido del dinero, sólo nos permite oír lo que conviene para el acondicionamiento total de nuestro ser, que, convertido en cosa, habita entre las cosas, lejos de sí mismo, dejando apagar lenta y seguramente la chispa de cosmos que es suya... "Siento mi cuerpo como un todo en relación con el vacío, con la nada". "...tambaleantes piernas sosteniendo pesados cuerpos". "...mientras la plática flota de nada a nada".

Pero quedaría incompleta esta columna vertebral si Guillén no nos mostrase, en patética reciprocidad, el sístole-diástole de la enajenación ambiental.

El enajenado que busca en una copa tan pequeña y tan honda, toda la fortaleza efímera de la

evasión: huir, huir por que si gritan las voces de adentro, por que si suben las marejadas de las náuseas hasta los labios, por que estás y no eres más que una máscara que ha de arrancar el viento para dejarte sin rostro.

Pero ¡qué bueno es el vino y el...amor! para afianzar la máscara.

Todo el ambiente te ayuda en tu farsa: la mujer liberada, la taberna siempre abierta y el alcohol, recomendado en los cuatro horizontes de la ciudad. "Y después de un mucho instante" quedarán los harapos más sucios y el hambre más vacía.

También importan unas siglas, un nombre que corresponde a la propiedad privada de unos cuantos, que se preocupan de los detritus humanos y de los desperdicios, en lo poco, pero en lo mucho pasan por encima de las normas elementales de la higiene para obtener riquezas inconmensurables, sepultando vivos a otros.

Abejas que trabajan y que defecan. ¿Y la libertad? Sí, libertad para absorber del ambiente el camino, no para trazarlo con nuestras propias ansias y nuestras propias metas.

Tenemos que ser... pero eso sí, libres para caer en la trampa.

Esta realidad deberá ser el escenario de lucha entre dejarse tragar por el pragmatismo criminal que subraya la libertad instintiva, o detenerse a llorar en un sollozo de arrepentimiento la perdida corona de Hombre.

Pero no es así, socialmente no se salva nadie;

íntima y espiritualmente se salvan muy pocos; los que luchan en pelea desigual que los conduce a la muerte física o a la absoluta soledad. Y este es uno, el personaje del primer cuento, EL VERDADISTA.

Y no hay moraleja, pero se divisa en la urdimbre de los relatos, la fórmula mágica. "La calidad humana" "...fui feliz haciendo presente toda mi fuerza interior".

Guillén casi siempre es el cuentista, el que cuenta, la tercera persona que remata y que concluye; el espectador bien situado pocas veces es el que vive.

Pero sus personajes son diarios, constantes en nuestra vida. No los extrajo de mitos o sueños, no son el producto de la ciencia ficción. Son testimonio de un denunciante real.

Emplea símbolos e imágenes, metáforas y nombres absolutos, como elementos para decir y sugerir. Pero también lo son la estructura propia de cada cuento que se adapta al tema. El diálogo reproducido que robustece las líneas del relato. Una técnica de contrapunto apretado y firme que logra dar unidad a situaciones paralelas: Yo dominé, Tú dominas, El dominado.

El tema al principio "Vamos a hacer que hacemos, vamos a ser como si fuéramos".

Los epígrafes que son chispas de verdad que dijeron otros, "gritos con la claridad de la verdad vivida".

El estilo de Miguel Guillén, en esta su obra pri-

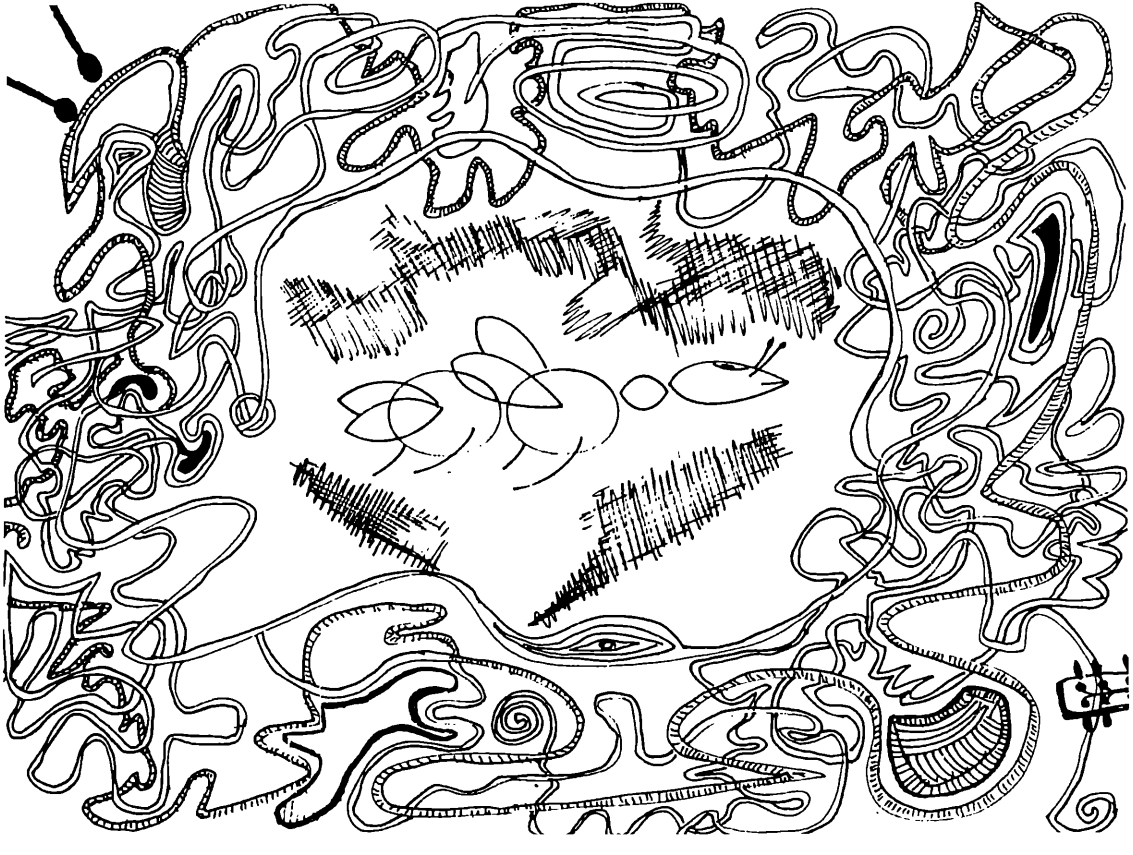
mera es profundamente poético, ampliamente conceptuoso, tajantemente objetivo.

Las sugerencias que deben hacer de sus imágenes, son las que han de acercarnos a él, a su palabra, a la dirección de su palabra. Pero he aquí que no son imágenes blandas ni difusas; son hondas y con destellos de verdad. Nacieron como el manantial en la montaña, desde la hondura interior hasta la corteza, sin que nadie después le pusiera trabas, ni nadie le impidiera correr.

HELIA PAZ

*Llevas en ti mismo un amigo sublime que no conoces. Pues Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos lo saben encontrar. El hombre que hace el sacrificio de sus deseos y de sus obras al Ser de donde proceden los principios de toda cosa y por quien el universo ha sido formado, obtiene por ese sacrificio la perfección. Pues aquel que encuentra en si mismo su felicidad, su alegría y en si mismo también su luz, es uno con Dios. Sábelo: el alma que ha encontrado a Dios está libre del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor y bebe el agua de la inmortalidad.*

BHAGAVADGITA



## EL VERDADISTA

Esa vez, como casi todas las noches, llegué a mi casa cuando todos dormían. Había sido una comida de negocios y hablamos de negocios, de los malditos terroristas, de negocios, del gobierno que en su estupidez, atacaba a la iniciativa privada, de negocios... y de negocios. Desde luego y esto era lo trágico, yo no estaba de acuerdo prácticamente con nada de lo que hablamos. Yo sabía que las alzas de precios las hacían los empresarios con el menor pretexto. Que el gobierno, lejos de afectarlos, les hacía el juego. El salario de los trabajadores se devaluaba día con día; en tanto que las utilidades de las compañías se duplicaban. Y en los

negocios. El motivo de la comida. Los estábamos engañando. Las mejores condiciones las teníamos debajo de la manga. No apretaron lo suficiente y no las obtuvieron. Estaba tan habituado a esto, que solo cuando habíamos terminado, imaginé otra reunión. Seríamos las mismas personas y el mismo objeto. Hacer un negocio. Pero en lugar de tener la mentalidad que tenemos, fuéramos íntegramente humanos. Desde el principio les damos las mejores condiciones. Las aceptan o no. Hacemos el negocio o no. Hubiéramos pasado una tarde agradable sin defensas ni ataques. Y sobre todo, no habríamos perdido un poco de la poca humanidad que nos queda. "Definitivamente esto no es posible" se agranda, se multiplica y se queda grabado en cada partícula del aire que respiramos. Y no hay otro aire, ni podemos dejar de respirar. El filtro, se prende y se apaga, con la vejez de todo el tiempo, con la novedad de siempre.

Tengo una visión clara de lo que sucede, la habilidad de encontrar la verdad por más que se esconda o se cubra. Y sin embargo, vivo rodeado de mentiras. Yo hubiera sido un apóstol, un mártir de lo verdadero, sino tuviera otra habilidad. Donde fuera, encontraba la razón de absolútamente todo. Valedera ante todas las situaciones mentales. Era capaz de ir envolviendo con hilo un núcleo de acero, hasta hacerlo parecer bofo como una madeja de estambre. Había encontrado mil razones para no decirles que mi punto de vista era otro. Desde las más elementales de las necesi-

dades económicas, hasta las más rebuscadas formas del raciocinio.

Si yo hubiera tenido la decisión en mis manos, tampoco hubiera hecho la lucha por cambiar la esencia de nuestra representación. No había nada que me obligara a hacer peligrar mi futuro. Ese raro personaje con sonrisa de aire, que se burlaba socarronamente de mi vano intento por alcanzarlo.

Tomé leche para evitar el ardor del estómago y me acosté. No sé por que pienso en estas cosas cuando estoy un poco tomado o cuando veo que la tarde baja apresuradamente con su belleza gelatinosa, avisante y desesperada; o cuando disfruto de la soledad, femenina, indiscreta.

Hacía frío, por lo que me hice ovillo debajo de las cobijas. Cerré los ojos y me fui derritiendo sobre el colchón. No supe nunca la razón, pero esa noche fue cuando por primera vez identifiqué a ese perro. Había muchos en las casas vecinas, por el miedo al despojo que sienten los que tienen algo. Eran muchos los que ladraban, pero había uno diferente, inconfundible, con un sonido que me era muy familiar. Los demás callaban, pero ése seguía ladrando, rítmicamente, con intervalos medidos, modulando los sonidos para hacerlos taladrantes, incisivos. Y lo peor de todo; ininterrumpidos.

Yo quería dormir, olvidarme de todo, dejar llegar los sueños; mi evasión favorita. Ahí perdía por completo mi identidad, vivía siendo lo que

deseaba y lo que temía. Me despertaba contento de haber caminado por sendas de tranquilidad o de placer. Y contento de que hubiera sido un sueño. Pero hacía tiempo que venía oyendo al odiado perro interrumpir mi descanso. Había noches en que se olvidaba de mí y podía soñar placenteramente. Pero de tres o cuatro días para acá, se había propuesto no callar ni una sola noche. Lo curioso era que a pesar de todo lo que padecía por su culpa, mi sentimiento hacia él era ambivalente. No lo aborrecía totalmente, sino por el contrario, en ocasiones sentía una atracción especial para conocerlo, verlo, de saber cómo era. Me estaba acostumbrado a oirlo hablar (para mi eran palabras en un idioma diferente) y entresoñaba con el deseo de sentarme ante él, tratando de descifrar su lenguaje.

Al día siguiente mi aspecto llamó la atención de mi esposa. La increpé diciéndole que no me explicaba como podía dormir tan profundamente, si el animal no había dejado de ladrar en toda la noche. Ella me juraba no haberlo escuchado nunca y yo lo creí. Bastaba con verla dormir.

En la oficina, la secretaria me preguntó si estaba enfermo. Me había observado últimamente y mi semblante empeoraba. Me volvía irascible, distraído; cometía errores y me olvidaba de cosas importantes.

Le aseguré no tener nada y me recomendó ver a un médico. Así se lo prometí.

Me imaginé ante uno de esos comerciantes, ha-

blándole del perro, de mis atracciones, de mis sentimientos. Lo vi escribir una receta al mismo tiempo de extender la mano para cobrarme. Los nervios; calmantes. Quiero estar consciente y no los tomo. Más consultas, más dinero. Preocupación y azoro. Al especialista. Más calmantes. Al analista. Volver a hablar del perro. Más preocupación ante el problema. Desconcierto cuando le digo que no es totalmente un problema, que hay algo que me gusta. Más sesiones, más tiempo, más dinero. Sesudas conclusiones con palabras técnicas (retroalimentación, sadomasoquismo y otras más largas), citas de Freud, Jung, etc. Ejemplos que no vienen al caso. "Debe adaptarse". Le pago, se la miento y me voy. Al final sigo con mi perro y mi semblante magro.

A veces huía. Con cualquier causa, importante o no, salía de viaje.

Por fin lograba dormir beatíficamente. Pero sin explicación, no podía alargar el viaje. Volvía con deseos de acostarme pronto. Platicaba con mi mujer y en ese lapso él callaba. Terminado nuestro rápido coloquio y después de un rato, empezaba a oír a mi ya extrañado y despreciado animal, toda la noche y las siguientes noches. Completas.

Había algo de masoquismo, según el decir del analista, en mi ya sólida relación con el perro. Mi salud iba desmejorando en proporción directa a las noches de intensa algarabía perruna. Y junto con mi salud, mi relación con los humanos. Me era difícil soportar mi estúpido trabajo. Mis absurdas

relaciones familiares empezaron a dolerme. En la última reunión de matrimonios, ofendí abiertamente a los asistentes. Aunque después me arrepentí, por lo pronto me retiraron el saludo.

Sin hablar de la sociedad y sus formas de cultura; o de sus ritos y costumbres. Eso llegaba a enfurecerme.

Pedí que me adelantaran mis vacaciones, pero a propósito no quise salir de la ciudad.

La primera noche, en cuanto empezó a ladrar, salí a buscarlo. Caminé durante dos o tres horas sin poder localizarlo. El sonido me guiaba, pero cuando creía estar cerca de él, repentinamente lo volvía a oír lejano.

Esa noche y las siguientes, regresé a la casa triste y agotado. Dormía hasta el mediodía. Mi esposa me atosigaba con preguntas, súplicas, lágrimas. Fue la primera vez que amenazó con irse sino abandonaba mis locuras y me ponía en manos de otro doctor. Cumplí mi promesa de no hacerlo más.

Pasaron los días hasta que terminaron mis vacaciones. No me presenté a trabajar. Me habló mi jefe y me dijo airadamente que si en tres días no iba a la compañía, automáticamente quedaba despedido. Me hizo gracia lo de "automáticamente". Colgué sin contestarle.

Esa tarde la lluvia caía intensamente, golpeando con fuerza los vidrios de las ventanas, pidiendo que abrieran la puerta para entrar a compartir el

calorcito de la sala. Yo jugaba con mi hijo y viví la seguridad de que esa noche encontraría lo que buscaba. Había recibido el aviso a través de la sonrisa del niño; o de su mirada; o de la furia de mi esposa cuando supo que volvería a salir. Se fue poco después de que abandoné la casa para ir en busca del perro.

Aún no dejaba de llover, pero ya había anochecido. A pesar de que era una zona residencial muy poblada, en esa ocasión estaba silenciosa y solitaria. La noche se revolvió en vientos circulares, el aire me rodeaba encajándose en mi cuerpo con sus delgadas puntas. La bruma se levantaba del suelo con su movimiento serpeante. Las oleadas de silencio llegaban hasta mi rostro y se astillaban con el ladrar del perro. Esta vez era afectuoso, musical. Me llamaba claramente. No tuve que dar rodeos, ni buscarlo con mirada angustiada. Descansé mis ojos en la serenidad de saber adonde iba y caminé con paso lento, seguro, bien plantado. El agua caía levemente enlodando el camino. Los pies descalzos, me trasmitían a todo el cuerpo la humedad de la tierra; marcaban su huella con profundidad, trozaban ramas con fuerza, sin importarles las heridas ni la sangre que no tenía tiempo de secarse. La oscuridad, la soledad hacían tenebroso un lugar que era conocido para mi. Todo eso hizo que por primera vez, empezara a sentirme con detalle. Sentía tener pies y cabeza y uñas. Sentí palpitar mis pulsos, respirar mi piel. Oí la salida violenta del sudor por mis poros. Sentí que

tenía hígado y que mis articulaciones se movían cuando caminaba. Sentí mi mirada fija, el estrépito causado al pasar la saliva. Sentí la flaccidez de mi pene. Sentí el aire que llenaba mis pulmones. Sentí mi cuerpo como un todo en relación con el vacío, con la nada. Sentí que me movía y que el frío me acariciaba. Sentí cada gota de la lluvia, las vi caer con lentitud, todas al mismo tiempo, golpeando con espasmo en el concreto. Sentí la noche y la luz de la luna, flotando sobre la negrura. Sentí el movimiento de la tierra, el correr del tiempo, la vida. Sentí la muerte en una rama seca. Viví esos momentos con intensidad, con la certeza de haberlos vivido antes; o con el coraje de no haberlo podido hacer.

Como parte de esa visión unitaria que todas las cosas hacen, estaba el perro, con la sabiduría que da la mirada amplia. Cuando llegué ante él, hacía rato que había callado. Los últimos laberintos los caminé sin necesidad de guía. Todo era absoluto; el silencio, la calma, la fuerza. Los pequeños y grandes detalles se hacían sin tamaño y se unían por la seguridad de su participación.

Después de esto, calló. Estaba arrellanado en un sillón gris de tiempo, amoldado a su cuerpo. Aunque su aspecto en general, era descuidado, bastaba que abriera los ojos para que todo en él se transformara. Tenía la mirada brillante. Como un volcán en erupción, rodeado del más triste

páramo. Una fuerza que al final avasallaba con su ardor a todo lo que estaba cerca de él. Cuando miraba, se sentía venir la línea recta y dorada que tiende el sol sobre el mar, antes de desaparecer.

Me despedí de él y nunca lo volví a ver. Pero yo sé que está vivo; completamente vivo.

*PONGA LA BASURA EN SU LUGAR*

JINGLE

## EL TOP TWENTY

Los Raquel vivían muy cerca de la fábrica de cemento "Avante". Estaban ahí desde antes de que se instalara la compañía. Algunos descendientes habían salido del poblado, pero actualmente, habitaban la casucha cinco de los últimos.

La fábrica había crecido mucho, dado el progreso del país y el polvo que despedía estaba cubriendo, poco a poco, todo lo que estaba a su alrededor.

La parcela de los Raquel, ya no producía nada. Hasta los magueyes y nopales habían desaparecido cubiertos por el polvo.

La familia decidió no ir a ninguna parte y se

encerraron en su casa. Para evitar que el polvillo entrara, taparon todas las rendijas, diseñando ingeniosos respiraderos que los proveían de aire. La comida la habían estado almacenando y les duraría algún tiempo.

Cementos "Avante" era ya un complejo industrial.

Las ventanas de la casa de los Raquel ya casi no dejaban entrar la luz. Las paredes y el techo tenían una capa bastante gruesa de polvo del cemento.

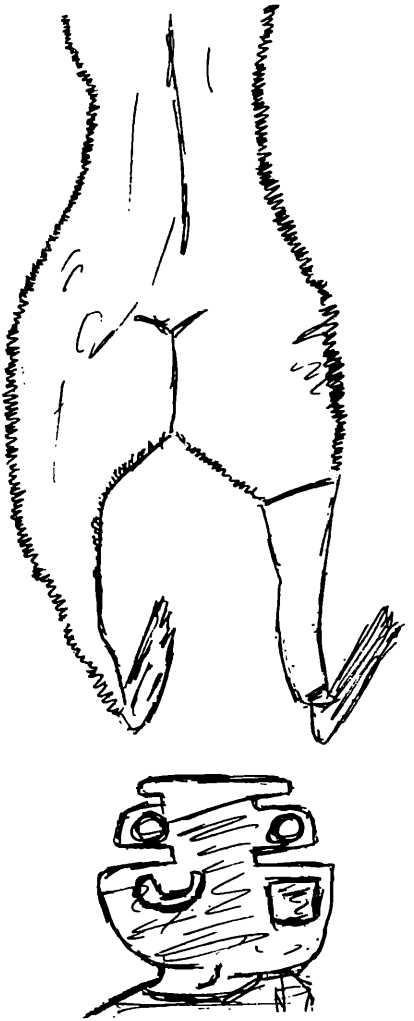
La empresa creció al mismo tiempo que la casucha se llenaba dè agresiva tierrita.

Una noche, ese polvo estaba seguro de ganar la batalla. Bailó furiosamente sobre la endeble casa y la familia Raquel quedó sepultada.

Ese año, Cementos "Avante" S. A., obtuvo el premio nacional de industria y Economía y fue incluida entre las 20 mejores empresas del país.

*Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados Hijos de Dios.*

MATEO: 5-10.



## EL SIRVIENTE

Cada mañana, mañana, mañaaanaa.

Es difícil expresar la longitud elástica de tiempo que se vive en las oficinas. Todo es de una monotonía constante. Todo se diluye, se aniquila en un revoltijo de insubstancia. Todo es pegajoso, estúpidamente falso. Y a pesar de los tres todos anteriores, en esos lugares, todo es casi nada.

De uno de esos casos, es de lo que voy a hablar. No se trata, desde luego, de lo que es común en esos sitios; amasiatos, promiscuidades, amistades convenientes, etc. Sino de una relación cuyo desenlace no se ve muy frecuentemente.

El comienzo fue como de costumbre. En una

empresa, un jefe de sección necesitaba un empleado. Entrevistó a muchas personas, pero Renán le pareció el mejor por su aparente ductibilidad. Tenía un brillo en la mirada que fue para el jefe una especie de reto. No aceptaba que alguien fuera capaz de tener algo así detrás de los ojos.

Renán trabajó con empeño desde un principio y desde un principio, su jefe lo vigiló de cerca. Además de la mirada, sintió la fuerza de su presencia. Si hubiera actuado con honradez, no le hubieran prorrogado el contrato de prueba; pero estaba bien programado para vencer obstáculos y finalmente autorizó el contrato definitivo.

Con el pulso firme, el ojo pegado a la mira, el valiente cazador tira una bala que corre lentamente, espiralando el aire hasta clavarse en un guajolote amarrado. El tirador rie satisfecho mordiendo el mango del rifle hasta hacerlo añicos.

Un día le habló con la esperanza de encontrar algún defecto que sirviera para poderlo reprender.

—Renán, he visto tu trabajo y quiero decirte que eres muy eficiente.

—Gracias Sr. Roca.

El groupier cuidaba de que hicieran muchas apuestas. Todos los jugadores, después de poner sus fichas sobre la mesa, desenrrollaban la mirada hasta clavarla en los ojos de Argos. Muchos hilos pendían en el aire, muchos tendederos sin ropa, alambres sin corriente. Se inician las vueltas, las palabras iban y venían sin lograr juntarse para hacer una frase cuerda. Renán veía cómo, una y

otra vez, el jefe colocaba la bolita en la ruleta para que siguiera dando vueltas hasta el fin de los días. La disertación no tomaba forma, era rebuscada, circular. A pesar de apoyarla con manoteos, las vueltas siguieron, hasta que de tanto girar, la pelotita desapareció y terminó el discurso.

—Sin embargo veo que no te integras al grupo. Te siento extraño a este mundo, a este lugar. Quiero saber tus objetivos personales, tus inquietudes.

—No sé si lo entienda, contestó, el muchacho. Pero creo que en el centro del ser, está la verdad. A nosotros nos gusta vivir en los extremos, pero yo quiero llegar a ese centro.

El ejecutivo lo miró con un total desequilibrio. Como si una máquina recibiera una respuesta fuera de programa. Le costó trabajo reponerse, pero prosiguió.

—No entiendo eso que dices. No lo puedo tomar a broma, pero creo que hay cosas más importantes, más tangibles, más inmediatas.

Los zopilotes volaban muy en el cielo. Dejaban caer la vista en forma de balín. La carne lo tragaba y pronto, el caballo muerto se convirtió en escultura.

—Entrégate y te darás cuenta de que hay un gran futuro en esta compañía. Aquí progresa todo el que puede... y quiere.

—Así lo haré, dijo tranquilamente Renán, finalizando en esta forma la entrevista. Salió sin haber entrado. Hablar de ejecutivo, palabras de aire,

viento que no tiene nada que llevarse. La muerte está muy tranquila, rascando los escritorios, regando con mierda sus esqueléticas plantitas.

Todos en la oficina, lo miraban con recelo. Pronto su atención volvió a su trabajo habitual. Removían su gusanera. Había que producir.

No obstante la ya manifiesta animosidad del jefe para con Renán, éste no mostraba ningún encono. Por el contrario, cada vez que podía, hablaba bien del Sr. Roca. Alababa los aspectos humanos que de cuando en cuando y de manera muy leve, mostraba debajo del disfraz de empresario con el que gustaba vestirse.

Hubo una segunda entrevista, mucho menos cordial que la anterior. El coraje contenido durante tanto tiempo, hacía muy difícil al jefe poder hablar serenamente.

—No sé qué pretendes, empezó con suavidad. Yo te he ayudado, he querido impulsarte y lo único que veo en ti, es apatía, desinterés. Ya no eres un mocoso para andar pensando en idioteces como el Ser, la Verdad y todo lo demás...

—Mi trabajo está hecho correctamente, interrumpió Renán.

—Pero el trabajo no es todo. Yo necesito que te proyectes. Que te quedes más horas después de la salida.

—No veo ninguna razón para quedarme más tiempo del horario normal.

—Siempre hay cosas que hacer, gritó al tiempo de manotear sobre el escritorio.

Las tumbas se abrieron. No hubo toque de trompeta, ni juicio alguno. El águila remontaba las nubes, cuando una gran lazada la bajó con rapidez. La cubrió con cal y aunque poco usual, adornó un mausóleo.

—Y si no puedo lograr más de ti, desde mañana vas a ocupar el puesto de Pérez y éste pasará a tu lugar. ¡Te demostraré que sí hay gente que quiere trabajar, entregándose por completo a una empresa!

Cuando salió Renán, cómo gritaban. No podía entender que unas cuantas bocas hicieran tal escándalo. Sin dejar de gritar, se acercaron a la ventana y mataron al sol. Ni su sangre les impuso respeto. Lo despedazaron, guardando sus restos en el cajón de un escritorio.

La chusma pensó Renán. Son capaces de comerse sus propios dedos, después sus brazos. Lo último que quedará serán sus dentaduras. Acto supremo de canibalismo, los dientes se comerán entre sí.

El jefe llegó a sentir tal obsesión, que descuidó su trabajo. En poco tiempo, con la precisión matemática con que las compañías cobran los descuidos, en la sección de Roca resultó un desfalco que éste no pudo localizar.

Sin perder tiempo, cambió a Renán del puesto recién asignado y le ordenó hacer algunos movimientos con valores, sin autorizarle la documentación correspondiente.

Como era de esperarse, Renán fue inculpado y aprehendido de inmediato.

Las calaveras corren por las calles. La plaza tiene música, mucha luz. Venden licor, todos bailan. Noche de muertos, noche de muchos.

No habían entrado al juzgado, cuando el juzgado ya estaba condenado. ¿Quién dijo que los muertos no cobran? Anda, trata de ganar un juicio. Las momias ya no quieren vendas; se empapelan con dinero.

El jefe estaba intranquilo esperando que en sus declaraciones, el muchacho se defendiera. Si esto sucedía, a pesar de que la maroma estaba muy bien hecha, seguramente que tendría problemas.

Los días cabalgaron cadenciosamente y el proceso llegó a su fin. Renán fue condenado a 8 años de cárcel.

Los días volvieron a cabalgar y el Sr. Roca se presentó a visitar a su exempleado. Contra lo que esperaba, éste lo saludó cordialmente.

—Ahora hablemos de tus bobadas de la luz, de la verdad —empezó el triunfante ejecutivo. Aquí adentro debes apreciar las cosas de distinta manera, ¿no es así?

—Creo que ahora sí comprenderá lo que es la verdad. Por primera vez en nuestra relación, la estamos compartiendo plenamente. Es nuestra. Nada más suya y mía. Hacemos un triángulo interesante. En el día es mía y durante la noche es de usted.

La fingida alegría del Sr. Roca cayó debajo de sus pantalones, hasta desaparecer por enmedio de las duelas. La bolita ya no gira. El fin de fiesta

es la corrida y la muerte toma su lugar en el primer tendido. Sus aplausos suenan como nueces aventadas en el pavimento. La lucha es seca, pero prometedoramente sangrienta. ¡Que uno gane! grita la huesuda, mientras llegan sus compañeras. Todas ellas saben para quién desean el triunfo. Roca, piedra, arenita de la playa, qué mal te ves sin tus defensas. No salgas de tu casa, decía el corrido.

—Te venciste muy fácilmente. Debiste haber alargado el juego por más tiempo, decía el jefe, mitad llorando, mitad gritando.

—Yo no estaba jugando.

—¡Desgraciado! con las manos quiso triturar el aire. Todavía puedes apelar. Diles que yo te engañé. Que te odio y por eso lo hice.

Ya sus gritos llamaban las miradas de todos.

—No lo haré. Por que estamos así, le pido perdón.

—Por último, dijo Roca desmoronándose paulatinamente. ¿Por qué no me atacas? ¡Atácame, por Dios!

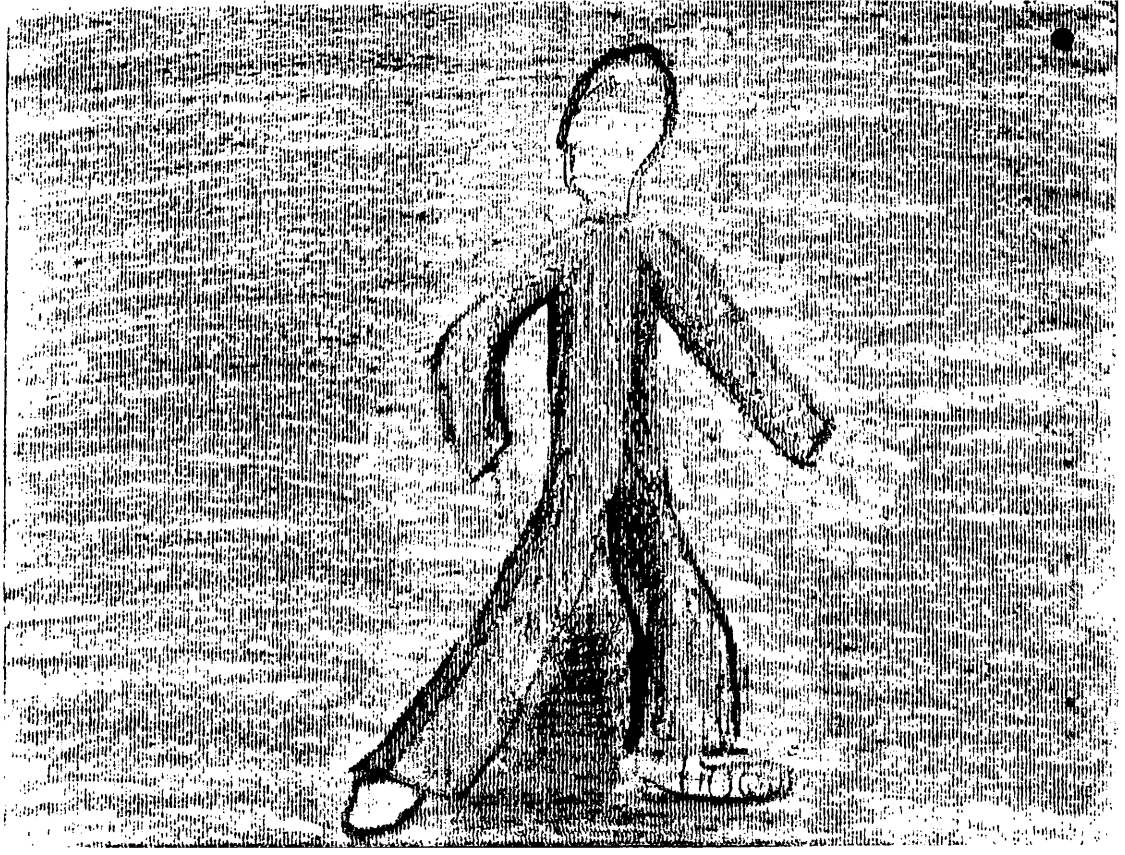
Renán sonrió con dulzura y en silencio se retiró de la mesa de visitas.

Ahora sí la muerte andaba triste. No hubo más gritos. El sol escapó del escritorio. El águila se sacudió la cal y voló muy alto. Ya en el cielo, alimentó a sus hijos; que no eran muchos.

El Sr. Roca llegó a su oficina, tomó una cuerda y se suicidó.

*Hay enajenación cuando se ha invertido toda la libertad en un trabajo, para descubrir a fin de cuentas que el resultado, nutrido de las propias angustias y del propio esfuerzo, es otra cosa,* es cosa de otros.

ANDRÉ GORZ.



## CUARTO MOVIMIENTO. ALLEGRO VIVACE

En la negrura inconsciente de la amable casa, todo se sucede con apego estricto a las reglas aceptadas.

A la mesa están sentados cada quien en el lugar que le corresponde, de acuerdo con su papel a representar.

Es un juego monótono, de resistencia. No pueden ignorar que giran en un tiro al blanco, como planas figuras de metal, cada quien con pensares de unidad, todos pegando al suelo que es rotativo.

Esta noche es importante. Por primera vez en tres generaciones, ofrecerán una parte de los negocios a un extraño. Es cierto que su mujer, Agusti-

na Pozo, en alguna forma está emparentada con los Toscano. Pero esto es tan incierto, que Orestes Macías siempre ha sido visto como ajeno a la familia.

Damián Toscano no tiene descendencia. El mismo es hijo único, de un único hijo, de un hijo único que fue el iniciador de esos negocios.

Sin que nadie se percate, el techo del comedor se hunde, milímetro a milímetro, mientras la plática flota de nada a nada, sin fijarse en un lugar preciso.

Toda la casa es abigarrada en su decoración, excedida en retratos y estatuas de los antepasados de Don Damián.

De Celestina se sabe poco. Viene de una familia muy conocida. Los Cadena habían tenido mucho poder, pero éste terminó por la constante aparición de mujeres en la descendencia. Ella es la última de ese tronco y vive atormentada por no haber podido darle un hijo a Damián. Quizás por eso habla casi nada. Mira profundamente, se sienta muy estirada y cuando camina se acentúa la impresión de que sus huesos son varillas metálicas.

Tocó la campanilla para ordenar que sirvieran el café en uno de los salones. El golpe pesado que produjo la caída de la mano de Damián sobre la silla, desorbitó los ojos de Celestina; pero el temor al temor que la había controlado durante tanto tiempo, la dominó nuevamente.

Moviendo con dificultad la pierna derecha y

sosteniéndose la mano izquierda, Damián acompaña a Orestes hasta sentarse cada quien en un confortable sillón.

La conversación es dirigida por el viejo que lentamente prueba la deformación del joven, misma que le ayudará en un momento dado, a sucederlo en el manejo de sus empresas.

—Yo creo firmemente, dijo Damián que a pesar de todo, estamos en una buena época. No en cuanto a la familia, claro. Cada vez somos menos, sin contar con la locura de Arnulfo, que le dio por enterrarse en ese pueblo a ganar tres pesos como maestro rural. Pero muy su gusto. Hay gente para todo y para el poder, para ejercerlo con toda su fuerza, para entregarse a él sin limitaciones, se necesita también una capacidad especial. De todos los empresarios que conozco, de los viejos, ninguno encuentra satisfacción en cobrar grandes cantidades de dinero. Es algo mucho más enervante, más vital. El tener en tus manos decisiones acerca de todo, incluso sobre la vida de la gente que trabaja contigo, es algo que te saca de esta realidad. Se olvida la familia, la miseria, la temible pobreza, los amigos que no dan nada, el tiempo libre. Es como una embriaguez, el trabajo se intensifica, la gente te mira con miedo, tú mismo te ves importante, tus conocidos te respetan, tus hijos... ¿tú tienes hijos? —terminó descargando su nerviosismo.

—No es tiempo todavía.

—Eso es determinante. El tiempo. Hay tiempo

para ser poderoso y hay tiempo para entregar el poder. Yo sé que tengo que entregarlo ya, dijo Don Damián con un acento triste y prosiguió. No es exclusivamente por mi parálisis parcial. Todos en la familia la hemos padecido y todos mis antepasados han muerto totalmente inmóviles. Es más bien por que sé que el terror se avejenta, que el odio hacia ti crece en la misma proporción que decae el miedo que inspiras. No quiero vivir en un mundo donde los trabajadores tengan más de un gramo de poder. No resistiría que me exigieran algo, ¡ni siquiera que me lo pidieran! Yo soy el único que puedo darles, en la medida y cuando yo lo quiera. —Terminó tembloroso.

—Las cosas cambian, en la forma más que en el fondo.

Orestes inició así su parte, levantándose y encendiendo un cigarrillo.

Yo no creo en ese mundo de los trabajadores del que tanto hablan ahora. Los que han tenido el poder en sus manos, son los culpables de que esto suceda. Han perdido de vista que para seguir una línea a través del tiempo, se necesita gente que pueda, no gente que herede las empresas. Han desgastado la imagen del poder hasta hacerla desaparecer. Las fieras aprenden pronto a sobrevivir devorando animales más débiles. Pero esto es algo que no se transmite con la propiedad de los negocios paternos. Los muchachitos pendejos, las más de las veces, no heredan el tamaño de los padres y ahora hay socialismo, agrarismo, revolución y

todo eso. Por fortuna nos queda mucho por darle vueltas, todavía. Les damos cinco y les quitamos diez. Pero hay que saberlo hacer.

Don Damián pensó un poco, rompiendo con su mirada la línea de humo que el cigarro dejaba ir.

—Soy viejo, por eso me cuesta trabajo cambiar. Quiero que trabajes conmigo. Nadie me puede ayudar mejor que tú. Después de un tiempo te daré parte de la sociedad. Ya está todo firmado. Siempre he sabido que eres la persona indicada.

Es urgente que tengas hijos; ya es tiempo. Estamos en una etapa crítica de la lucha. Los menos seguimos viviendo de los más. Pero esto se dificultad, por falta de gente. Tienes razón en eso de los sucesores. Por eso hay que hacer más muchachos, ¡muchos más! Si se les pudiera extirpar los sentimientos, sólo dejarles la inteligencia. Lograr que capten la importancia de seguir dominando, de no ceder ni un paso, ni un centímetro. Que se emborrachen con el poder, que sepan lo que es el miedo a perderlo todo, a ser nada.

Solamente si les transmitimos la exacta visión de quién es el enemigo, podremos morir tranquilos. En otra forma, el trabajo de muchas generaciones acabará en manos de los obreros. Ahora mismo están queriendo hacer una huelga. Y asi empiezan. Mi padre mandaba matar a todos los líderes inconformes. Ahora hay que comprarlos. ¡Les habíamos de dar plomo en lugar de dinero! Ese va a ser uno de tus primeros trabajos; acabar con el peligro de la huelga.

—No se preocupe Don Damián. Yo conozco a ese líder. Y también conozco al jefe de la judicial. Esto lo arreglamos pronto y por poco dinero. Lo demás es sencillo. Futbol, cervezas, usted sabe, pan y circo.

Sin que nadie lo esperara, Agustina le preguntó si con esa facilidad lo arreglaría todo.

En la mirada que se cruzaron, dos serpientes se enrrollaban, apretándose con furia hasta convertirse en un largo hirviente río de lava.

Orestes dijo solamente —así de fácil— casi sin abrir la boca.

—Tío, dijo Agustina —¿no crees que las mujeres pueden ayudar a continuar ese poder que tan importante es para ti?

Damián rió estrepitosamente. —¿Las mujeres? preguntó sin dejar de reir—. No, no creo. Pregúntale a Celestina si fue capaz de conservar las tierras de su familia. Que te diga cómo las repartieron mientras ellas huían desaforadamente hacia Europa.

—Hablas de las mujeres de antes, dijo Agustina sin importarle que Celestina estuviera ahí. De hecho, no estaba ahí.

—Las mujeres son incapaces, genitalmente incapaces de mandar, dijo agriamente Don Damián a la vez que con los ojos ordenaba a su esposa, que se llevara a la joven lejos de ahí. Sin chistar, casi mecánicamente, la tiesa Celestina sacó a la

muchacha con cualquier pretexto, dejando solos a los dos hombres.

—Tengo una duda Don Damián. Si Arnulfo reclama sus derechos. O sus hijos, en todo caso. Quiero saber qué tan grande es su parte de las empresas.

—Mira, de mi medio hermano no te preocupes. Desde chico fue un pasguato. Siempre pensando en su justicia, en la rectitud. Cuando se fue, sentí un gran alivio. Era la parte débil de la familia y se estaba largando muy lejos. No tiene ningún derecho y sus hijos, menos. Aparte de que lo más seguro es que hereden la estupidez de Arnulfo. Creo que uno de ellos, está estudiando música. Imagínate si son de peligro.

Tomaron su licor y cuando Orestes alzó la copa para el último trago, dejó ir su pensamiento como una flecha disparada al cielo. Había logrado lo que quería. Soportar a la estúpida Agustina había valido la pena. El poder, el dominio en sus manos, por primera vez.

Estaba tan absorto pensando en sus inicios, que no se dio cuenta de que el techo de la casa estaba bajando de nivel, silenciosamente.

Poco después de que se fueron los jóvenes, Damián empezó a percatarse del empequeñecimiento de su casa.

—¡Celestina! gritó casi con pánico. —Estate junto a mi. Creo que no seguiré viviendo más. Mi deseo más grande, se cumplirá. Orestes resultó el sucesor ideal. No hay nada que perder... ni

nada que ganar, pero los trabajadores seguirán abajo por mucho tiempo.

Mira, pásame mi copa. Ya no me puedo mover. Siento que la petrificación me llegó a la cintura. Pronto llegará a la cabeza y todo acabará. No sé si es la imaginación, pero veo que la casa se está achicando, comprimiendo...

—¿Qué dices Damián?

—¡Cállate! No queda mucho tiempo. Siempre te he apreciado y hubiera dado cualquier cosa por haberte amado... pero...

Damián clavó la mirada en Celestina y ésta pudo ver con claridad la porosidad de la piedra en los ojos de su esposo.

El petrificado dictador se hundió rápidamente hasta llegar al centro de la tierra.

La mujer innecesaria tomó un revólver y se suicidó.

La casa siguió disminuyendo de tamaño, hasta quedar convertida en dos solitarios y elegantes ataúdes sobre una llanura. Eso quedó de la familia. Después fueron enterrados.

Orestes era el hombre indicado. Los años lo estaban demostrando. Las empresas continuaban creciendo, las utilidades eran cada vez mayores. El poder lo estaba ejerciendo con toda su deshumanizada energía.

Un sábado en la noche, Agustina abrió los brazos para recibir el semanal y desencantado amor de

su esposo. Orestes pasó la mano sobre un seno de Agustina y ésta gritó con la claridad de la verdad vivida. Sintió una mano fría, rasposa, inmóvil, dura como el cangrejo. Su esposo había ganado su ingreso a esa larga tradición estatuaria de los Toscano. La mano era sólo el principio.

Agustina corrió en una pista circular, pero pronto regresó a mecer a uno de sus hijos que se había despertado.

*Nuestro oficio no es nuestro destino*

LEON FELIPE

COMPANHIA
IMPORTANTE
SOLICITA:
EJECUTIVO JOVEM

†

## COMPAÑIA IMPORTANTE SOLICITA EJECUTIVO JOVEN.

Cada palabra era lanzada con fuerza, apoyada con movimientos de los brazos o de las manos, o del tronco o de todo en conjunto, lo cual impactaba con mayor intensidad a los asistentes.

Todo en él era entusiasmo, dinamismo; cada espectador tenía ligeramente desorbitados los ojos. Sus cuerpos eran recorridos por emocionados hormigueos. Muchos estaban dispuestos a salir y pelear, para confirmar lo que decía el chaparro y sudoroso líder.

Sus argumentos eran simples, llanos; llegaban con facilidad a la mente de todos los que llenaban el salón. El bien preparado discurso iba subiendo de intensidad, estaba pasando por sus etapas sin problemas, hasta llegar al final:

—Señores, esto es lo que tenemos para este año...—

¡El mercado es suyo!

La contestación fue inmediata. Todos se pusieron de pie, aplaudieron con furia; a varios se les nublaron los ojos. Hubo quien gritara vivas casi frenéticos. No dejaban de palmear al jadeante gerente de ventas, quien los miraba con una sonrisa de vencedor.

—Hago con ellos lo que quiero. Pero me importa lo que piensa el pinche Watson.

Las focas chillaban y aplaudían, los chimpancés giraban sobre sí mismos, maromeaban. Las hienas reían sin saber de qué, los caracoles se acercaban a él para sentir la humedad. Y el titiritero empuñaba las manos con placer.

Poco a poco fueron disminuyendo los aplausos y los asistentes comenzaron a salir. Los de su equipo lo rodearon, lo felicitaron, casi le taparon el paso. El trataba de abrirse camino hasta el gringo que se acercaba emocionado.

—Moy bien chaparito; fue nais.

Cuando lo decía, le agarraba el brazo con una y empuñaba la otra manaza; sus ojos brillaban y los dientes casi se caían por su risa.

El lugar era hermoso, especial para convencio-

nes. Enormes árboles que se comían la oscuridad, focos que parpadeaban una pequeña luz que se perdía como niña asustada.

La construcción era lo que quedaba de una vieja hacienda, remozada y adaptada para vacacionistas.

La alberca se inquietaba, quebrando continuamente el reflejo de las arcadas de ladrillo.

Muchas voces, risas impersonales, meseros repartiendo bebidas, comentarios sobre la intervención del señor Serdán —es un chingón— fue la alabanza menos expresiva que se oyó.

—Tenemos que presentar eso a los asociados en New York.

—Si señor Watson, tengo todo preparado para hacerla cuando usted diga. Quiero darle especial énfasis a los productos nuevos. Es la base de nuestra estrategia.

—Yes, yes, me gostó. Tengo confianza en ti. Yo sé que tu poedes ir más alto. Tu carrera es rápida. Necesitamos hombres como tú. Despoes de la cena me acompañas a un party. Nos invitaron del área latinoamericana.

Serdán sólo tuvo un pensamiento —¡carajo!—.

El final de la convención se mantuvo flotando en un mar de bebidas, quedando poco aire dentro del humo. Música, canciones, pleitos, confesiones de amistad, tambaleantes piernas sosteniendo pesados cuerpos. Muchos se retiraron a dormir cuando la oscuridad era niña.

—Ser necesario así.

Cuando Watson y Serdán llegaron al party, salieron a recibirlos una pareja de gringos, muy sonrientes, muy besadores y muy gringos.

La primera en saludar fue ella; dijo bromas y rieron con estruendo mientras se saludaban. Tomó del brazo a Serdán y jaló de la cadena para que su esposo la siguiera.

El rostro de la americana era viejo pero muy arreglado. Tenía una sonrisa cincelada para la eternidad.

—Algunos ya te son conocidos; pero te voy a presentar. Hank, de Venezuela. Bob, de Colombia. Rich, de Brasil. Ernesto, de Argentina...—

No supe en qué momento me sacudí a la anciana, pero ya estaba platicando con Claudia... o Ruth... o Bah!

Pasaba la música a nuestro alrededor, convirtiéndonos en madejas de hilo. Me salí del corazón vacío para tomar mi lugar y mi copa.

Sus pestañas tejían suave tela pegajosa que esquivé arriconándome. Mi cuerpo líquido se arrastró por la pared hasta volver a su sitio.

Diosa oriental con brazos activos de flores, perfume y dedos en movimiento, multiplicándose. Esta vez no hui. La tela, el hilo, labios, palabras, miradas; cayeron sobre mi cuerpo que se debatía entre su sudor y el mío, entre su piel y la sábana. Jadeos y palabras revueltas en su pelo. Su respi-

ración orgásmica, una espera en movimiento, mi vómito y el final.

Así, en pocas palabras, poca vida, mucho tiempo.

Recuerdo los pensamientos entrelazados para hacerlo. Discriminado origen de todo, sin nombre para decirlo. Basura transformada en vida. Semen santificado con aromas convertidos. Figuras grotescas, helenizadas por un desdeñado nimbo.

Término intermedio que es comienzo. Tierra que se abre con azadón infantil, esperando la hortaliza. Palabras que se caen de la boca y se deslizan por la cama hasta el oído. Dulce comenzar en un acepto, orgasmo que se inicia con tomar la mano y termina con un beso en la mejilla, ternurada en despedida. Amor... es...

—Fue rápido eso y solo envenena mis recuerdos. Pero estaba buena. Lástima.

Empujé con fuerza la puerta del lugar. Antes de empezar a tomar café, el humo de mi cigarro caracoleaba entre mis pensamientos.

—Debo estar contento, debo estar satisfecho, fue un buen día, debo pensar en lo siguiente. Otra presentación, otro triunfo, afianzar mi carrera, otra mujer, tres muertos más. ¿Cuántos son ya?

El primero dolió, lo amortajé con llanto y lo enterré debajo de una banca de iglesia. Qué silencio enlutado fue la procesión. Salmos rebotaron en el suelo del recinto. Una tumba deslapidada inicia el rosario. Lo tengo colgado en el pecho

como medalla. Muertos sin lágrimas, apestando el turífero de mis admiradores.

Recordé a Gustavo —"¿servirá para algo?"— Buen amigo.

¡Claro que puedo! Mañana mismo le hablaré: Vendrá a verme. Me necesita. Hace tanto que no lo veo. Seguirá siendo un mediocre. ¡Qué se vaya al carajo! Mañana es día de squash y va a jugar De la Cerda. Me va a resolver si podemos empezar la promoción combinada; y su empresa pesa. Otro día le hablo a Gustavo.

Absorto, con el saco en el hombro, llegó hasta su privado. No vio a nadie. Alguien lo quiso saludar; detuvo la mano y la sonrisa y siguió trabajando.

Café, agua, aspirinas y cigarros. El pañuelo de su dama era un dólar. El resoplido del rocín lo animó. Cerro el yelmo, empuñó la lanza, afianzó la adarga y espoleó con furia. Cabalgó durante largo trecho y no alcanzó a ver al enemigo. Nerviosamente volteaban caballo y jinete. El público aplaudía.

—¡Imbéciles! Si no he peleado.

Marta, comunícame con el Ing. Romo a la planta. Me haces cita para comer con Lodwel. Contéstales a los de Moragrega que aceptamos el pago de espacios. Que me traigan los concentrados de ventas y que venga Jacques.

Todavía agitado por la gran carrera que pegó,

con una sonrisa idiota, le aventó el "a sus órdenes" en el escritorio.

—Oiga José por favor lleve el carro al servicio y este dinero a mi esposa.

—Cómo no. Les voy a decir que le pongan el aceite especial. Con eso su motor le va a...

—Sí, okey. Ahí están las llaves.

—(Bueno, es un servicio. Me tiene confianza. Soy gerente administrativo de Ventas, si, pero es que no hay con quien mandarlo), se consoló el servidor.

—Conchita, si me hablan fui a la planta. No me tardo.

Salió corriendo para llevar los encargos de su jefe.

—No, ingeniero, no. Necesitamos que produzcan Sólo blanco. Tengo tres bodegas vacías y ustedes haciendo colores.

—Tus ventas están muy bajas. Qué te pasa, en tu pronóstico cubrías cuota y estás de la chingada.

—No, no voy a comer. Sí, el viernes vamos. Ah no, es la junta con los gringos. Después, sí después.

—Este empaque está muy bueno. Esos guárdalos, sólo checa que no suban los costos.

—Su presentación la necesito mañana.

—Me voy Marta. Estoy en la transformadora, después en la financiera. Voy a comer con Lodwel de los asociados. En la tarde voy a

recibir a los de la agencia de publicidad. A las seis es la junta en la dirección. Si me habla Beatriz le dices que voy a su casa como a las diez. Adiós.

—López, présteme su coche.

Ya no oyó el tradicional —sí señor—.

Mientras manejaba pensaba en la compra del terreno para sus padres, en el tiempo que faltaba para pagar su casa. Tenía que aumentar el gasto a su familia. El mayor pasaba a sexto. Le ardía un poco el estómago por los tragos de anoche.

—Me estoy fastidiando, pero ni hablar.

En esta semana tenía que recoger el traje con el sastre, ir a los sauna, a la peluquería, jugar frontenis, citas a comer y cenar todos los días.

—Beatriz, la estoy descuidando.

Mandar pagar las tarjetas de crédito. ¡Ah! revisar el presupuesto de gastos. Hablar con el profesor de Arturito. Bueno, eso después. Ir a la inauguración de la nueva máquina. La promoción combinada, el jueves. Los nuevos productos para el viernes. El dentista, sí, ya me hace falta. Roberto y sus pachangas. Esta va a estar buena. Los de Venezuela que llegan mañana y mi esposa queriendo que la lleve al cine. Lo que quiero es dormir.

Te recuerdo. Eras un caso. Hipólito Serdán. Qué fuerte te veías y los gusanos te comían las uñas de los pies. Tu mirada perdida no alcanza a tu esposa. También la perdiste. Y tus hijos —bueno, eran

niños—. "Pero valía la pena". Cuando menos recordabas a Gustavo y sus preguntas molestas.

La empresa se iba al fracaso cuando tú salieras. Había muchos contrincantes, pero escondidos en los árboles. Eran pequeños, pero fueron miles.

Aguila clavada en la picota. Mueve la cabeza y mira el camino lleno de enanos. Sí, ahí va Jacques, uncido a la yunta, sobreviviendo con sus recursos. También él te escupe. Tu sangre fluye con quietud. Cuando está solo el camino, se ven las huellas de las herraduras, la nostalgia de tu visión del futuro. El camino era hermoso, ancho, había mucha gente. Pasaste desviaciones de senderos áridos, sin paisajes verdes, con una poca de familia ocupada en sus quehaceres. Sus miradas eran limpias, manitas rasguñándote un poco de tu tiempo. Reías y pasabas de largo. Severos encapuchados se revolvían con la muchedumbre. Viste sus ojos, rodeados de ojeras, desvelados, entrecerrados. Te arrojaban flores engusanadas, que nunca tomaste. Tu propio camino, también lo pasaste. Era el menos atrayente de todos. Piedras, polvo de enfrentamiento, rocas de sacudidas interiores, aceptación de animales escondidos, montañas enhuisachadas de olvido, niebla de equivocaciones, renuncias con sangre epidérmica. Más allá, nunca lo supiste.

En tu caballo guerrero sentías seguridad. Veías las risas, pero no los colmillos, la mano en el aire, pero te olvidaste de la guardada.

—No aletees tanto, guarda tus fuerzas para sobrevivir caminando. Tus alas ya casi no te sirven.

Los cascos de tu montura aplastaron a mucha gente que cayó en tu camino. Algunos eran conocidos, compañeros, enemigos, pero también hubo amigos. Los recogían llorando y sus gritos rebotaban en tu armadura.

Cuando caíste por primera vez, hubo heridos que te tendieron el bastón. Levantaste tierra con tus espuelas y los pateaste. A pesar de todo, lograste montar otra vez. Después... ¿dónde estás?

Un volar incierto de ave herida lo llevó hasta el gran camino. Fue lo último que vi de él.

Entre una gritería cayó en la muchedumbre... —y lo olvidé.

*Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas.*

RABINDRANATH TAGORE.

## EXTRAÑACION, O LA INTERFERENCIA DIMENSIONAL

El camión que tomó decía con claridad C. U. Llevaba poca gente, pero eso fue algo de lo cual no se percató en ese momento. Distraídamente se sentó junto a una ventanilla y como siempre miró a la calle, sin mirar precisamente. Los rostros de la gente, de las casas, de los árboles, pasaban estableciendo la ya familiar relación anonimada de dejar ir la vista hasta la profundidad de la superficie.

Dejaron atrás la última residencia e inmediatamente el paisaje se tornó extraño y diferente. Con esos contrastes tan mexicanos, aún no perdían de

vista las magníficas casas de la colonia "AA", cuando ya estaban internándose en un pueblo polvoso, asimétrico, de cielo gris, de cara gris, de gente gris.

Al principio no se inquietó por el repentino cambio, por que pensó que después de ese caserío, iba a llegar a la Ciudad Universitaria. Pero esa llegada se difería y la conciencia lo tomó del cuello, lo apretó hasta amoratarle la cara, le dio dos cachetadas y antes de irse, rasgó con un bisturí los sabrosos velos del no darse cuenta. Empezó a ver. El único ruido que vivía era el producido por el motor del camión. El resto era silencio.

En el interior viajaban muy pocas personas, todas ellas con una inmovilidad escultórica. Atendiendo una señal invisible, cada uno de ellos antes de bajar, lo miraba con los ojos de canica y sonreía con la misma levedad con que caminaba. En ese momento se fijó en su ropa. Con cierta angustia comparó su traje con los andrajos de la gente del poblacho y sobre todo, de los que iban dentro del camión. Lo que en su medio era motivo de seguridad, allí lo sintió como una maldición. Con rapidez se quitó la corbata guardándola en la bolsa de su saco.

Con lentitud el autobús avanzaba por las calles de tierra, en subidas y bajadas, en vueltas hacia un lado y hacia otro, por zanjas y piedras. Pronto perdió la orientación sin saber por donde exactamente habían entrado.

El polvo cubría rápidamente los asientos, los

tubos, su ropa, al mismo tiempo que los pasajeros desaparecían sin dejar de hacer el ritual de despedida. Ese polvo era como una contraseña que dejaba en posesión eterna del lugar a todos los objetos que estaban ahí.

Después de mucho tiempo de caminar incesantemente, le preguntó al chofer si la terminal estaba en C. U. No le contestó nada y siguió manejando.

Las casas eran de ladrillo gris o de cartón, pero todas estaban cubiertas de tierra. Las plantas, las flores, daban la impresión de ser artificiales, de estar rígidas.

Los niños, los perros, se movían con parsimonia; sus caras eran pálidas. El sol no había penetrado nunca la nube que cubría al pueblo y ellos quizá nunca saldrían de allí. La gente mayor tenía parte de la cara podrida y lo miraban con fijeza. Casi se podía asegurar que se transmitían algo a través de un código silencioso. Algo acerca de él, del distinto.

Tenía la certeza de que caminaba circularmente; ciertos lugares le eran familiares, ciertas casas las había visto ya.

Para ese entonces su nerviosismo le hacía sudar las manos y agarrarse la cabeza. Sólo decía —Dios mío, Dios mío— y pensaba en su familia, en su casa. Deseaba estar sentado viendo la televisión, oyendo jugar a sus hijos, estar en un cine o en su trabajo. Quería su mundo, salir de ese lugar que lo aterraba.

Finalmente el vehículo paró y el conductor bajó con rapidez, desapareciendo entre las casas.

Quedó solo y bajó. La soledad y el silencio jugueteaban entre la tierra y la basura. El día había sido gris, la tarde era parda y la noche que ya llegaba, sería negra.

No había nadie al derredor. Sintió frío y trató de tranquilizarse. Miró que a lo lejos la ciudad empezaba a iluminarse. Eso lo desesperó más. Allí estaba su territorio, casi a la mano, y no sabía cómo alcanzarlo.

Caminó un poco, percatándose de que su civilización rodeaba por completo aquel lugar.

Aparecieron algunas mujeres frente a las puertas de sus casuchas. Lo miraban con recelo, pero un tanto distantes. Siguió caminando; su traje de tergal, su camisa de poliester, sus zapatos de grandes tacones y varios colores, estaban empolvados por completo. Empezó a ver más gente; nadie se le acercaba, pero era el centro de la curiosidad de todos. Lo miraban pasar, alejarse y nadie hacía ningún movimiento corporal. Algunos reían un poco, con la boca abierta; la saliva les escurría por los labios. Nadie hablaba, sólo se oían sus pasos sobre la tierra, el viento y la noche que llegaba.

No había luz, ni eléctrica ni de ninguna clase. A pesar de eso se podía ver un poco gracias a la iluminación que les transmitía la rodeante ciudad.

Su miedo era ya desesperación. Corrió tratando de encontrar una salida, pero se imaginó que el lu-

gar era inmenso. Por más que avanzaba, la distancia que lo separaba de sus dominios, era la misma. Agitado se sentó en una piedra y lloró. Era completamente de noche. No quiso moverse de ahí; se acurrucó a la pared de una casa, que como todas parecía deshabitada. Tamblaba intensamente, distinguiendo entre brumas las siluetas de la gente, que como chispazos, de pronto estaban cerca y de pronto estaban lejos, pero en ningún momento tomaban forma o lugar definidos.

A pesar de su terrible miedo, al poco rato se durmió profundamente.

En la mañana se levantó sobresaltado y molido. Supo que era de día porque la claridad era un poco mayor que en la noche, pero al sol no lo vio.

Se dio cuenta de que había perdido el saco y los zapatos, por el frío que lo hacía temblar. A pesar de eso estaba más calmado, sin importarle mucho el no tener esas prendas.

Decidió buscar con más afán la forma de llegar a la ciudad, que no había dejado de mirarlo, como si se encontrara dentro de un circo, enmedio de las fieras, sirviendo de espectáculo a un público borracho y enloquecido.

Caminó nuevamente distinguiendo en la cercanía a una mujer parada junto a su casa. Pensó pregutarle cómo salir de allí, pero antes de que llegara, cerró la puerta después de jalar a un chiquillo mugroso hacia adentro.

Como si se hubiera corrido la voz, toda la gente

permaneció encerrada en sus casas durante todo el día.

No se explicó por qué pero hacía calor. En el centro del silencio, oyó una piedra romper la bruma hasta llegar a su espalda. El dolor lo hizo revolcarse, en tanto que el miedo volvía a poseerlo totalmente. Buscó en vano de donde había salido la pedrada y entre sollozos, gritó con todas sus fuerzas. Su voz pegó en la nada, saliendo, después de varios bandazos, hasta la superficie.

Anduvo otra vez con desconfianza, pegado a las casas, tratando de localizar a tiempo cualquier agresión.

En su nervioso avanzar de venado acorralado, casi se tropieza con cuatro ancianos que se manoseaban entre sí, provocando la interrupción de sus risas. Con un brinco se alejó de ellos, rodeándolos. Cerca, había una tienda y en ella se metió, sintiendo la mirada de los pordioseros como chicles en la espalda. En el interior había un mostrador cuidado por un hombre gordo y sudoroso. No había mercancía de ninguna especie.

Después de que entró al estanquillo, los hombres continuaron manoseando a las ancianas haciendo un murmullo grotesco con sus entrecortadas risas.

En voz baja le dijo al encargado que tenía hambre. Este no se movió en mucho rato.

Con la mano temblorosa, creyendo que esa sería la forma, le enseñó un billete de cien pesos. La

inmensa boca del gordo se abrió, dejando salir un ferrocarril a toda marcha.

—¿DE A CIEN?— exclamó y su grito rompió los vidrios de las ventanas, descarapeló la pared, salió corriendo hasta meterse enmedio de los viejos que dejaron de jugar.

El sol brincó al mediodía y se paró un rato a disfrutar de la tarde. Vio cómo se arrastraron seis, diez mendigos hasta la puerta del tendajón. Sus ropas eran negras, brillosas y rotas. Sus caras estaban llagadas; respiraban por las bocas chimuelas y asquerosas. Ante la entrada, se pegaban uno junto a otro, mirando vidriosamente al extranjero que inútilmente buscaba otra salida. Llegaron tantos que pronto taparon por completo el único acceso a la tienda. Los que vinieron después, subieron trabajosamente sobre los hombros de los primeros hasta tapiar con sus cuerpos la entrada de la luz y del aire.

Mientras los limosneros reían quedamente, él gritaba llorando pegado al mostrador. Se hincó, se acordó de Dios y cayó fulminado.

Al día siguiente, la gente rodeaba el cadáver de un desconocido. Estaba en el quicio de una boutique de la avenida Insurgentes Sur. Algunos lo vieron con vida e informaron que hacía dos días rondaba por ahí, corría y gritaba. Como si estuviera loco. Pero como había tantos...

*Para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su tiempo: Teimpo de nacer y tiempo de morir.*

ECLESIASTES.

## HABIA UNA VEZ UNA GRAN CIUDAD

Los rayos del sol caían en forma ondular. Pegaban con suavidad, diluyéndose por entre las arenas del desierto. Nadie puede asegurar hasta donde llega la tierra salitrosa, pero debe ser a mucha profundidad pensando en la carencia total de vida que se siente en la gran superficie, por el aire pesado, por el olor a podrido que se percibe.

Hace tiempo, aquí mismo, vivían muchos millones de gentes alegres, despreocupadas, sucias y frustradamente agresivas. Les gritaron "¡Ahi viene el lobo!" pero rieron pensando que para eso estaban los políticos. Estos a su vez creyeron que gobernar era enriquecerse medrando con el poder.

Los religiosos rieron y esperaron otra vida mejor. Los empresarios rieron deseando que siempre hubiera un Olimpo para ellos. Las mujeres rieron diciendo —eso es para los hombres—.

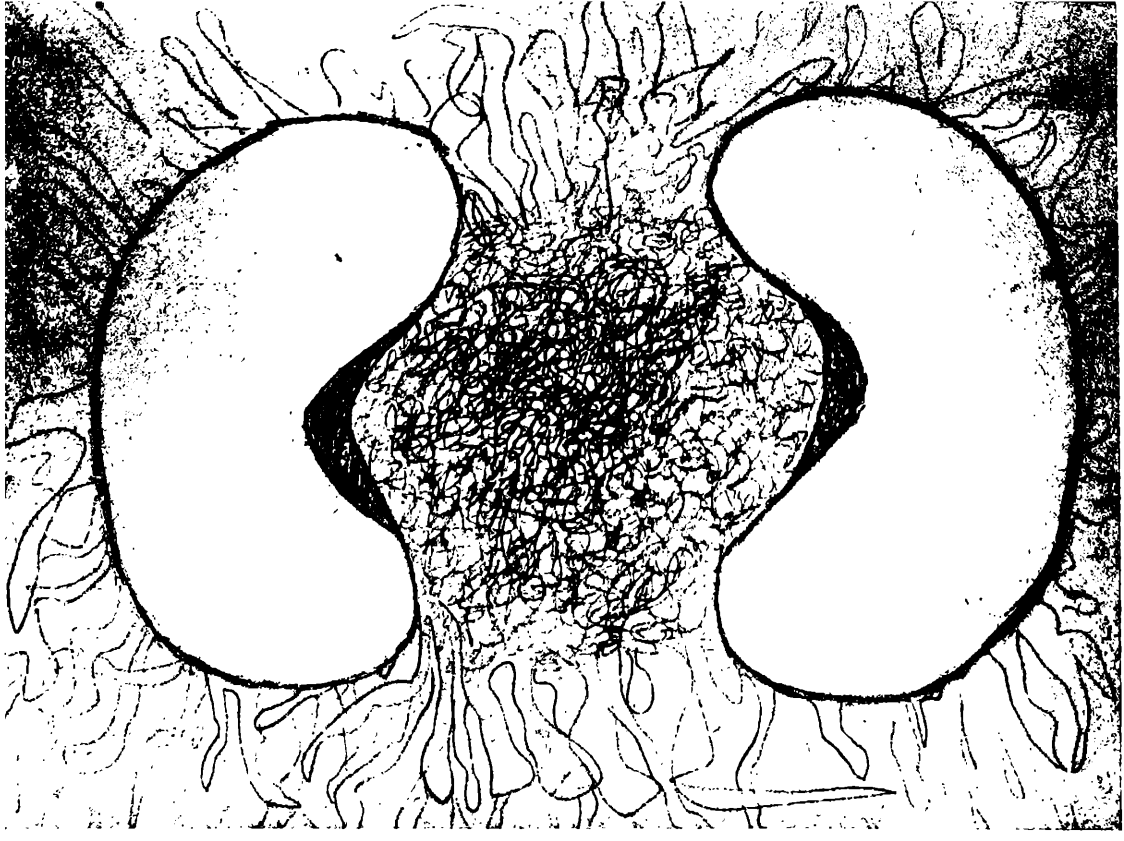
Cuando el fin llegó, todos estaban riendo. Fue a las 8 de la noche y los coches ahogaron todas las arterias de circulación. La risa se trocó en furia rabiosa. Compulsivamente se mataban unos a otros y el fuego apareció. El agua la habían gastado lavando coches y banquetas. La basura, tan cómodamente alojada en las calles, sirvió como aliada para la peste. Hombres y mujeres, viejos y niños, corrían gritando hasta caer muertos de terror.

Los últimos en reír fueron los negociantes y los políticos. La destrucción llegó hasta su loma en forma de ruido estrepitoso. Al principio sólo rompió vidrios y madera. Después, la vibración acabó con las construcciones, derrumbando casas y edificios sobre los azorados moradores. Las grandes avenidas se agrietaron, tragándose a los torpes, pesados cuerpos de los ricos, tan desacostumbrados a correr. De este sector lograron huir algunos. Se fueron a vivir a otros países desarrollados.

Hoy hacen lo mismo que hacían antes, a pesar de que el recuerdo sigue enquistado a sus memorias.

*Un minuto profundo, una magnolia rota por mis dientes y la luz de la luna celestina.*
*Muy bien, pero, ¿el balance?*

PABLO NERUDA.



## LA HISTORIA DEL ENVENENADO

Su voz tan agadable, hilando las palabras como en una carretera; diciendo tanto, apoyando sus inflexiones con miradas sin fijar. Su mano tan suave, brincando con la presión, nerviosa por la otra mano. Sin embargo seguiste hablando. No supe muy bien de qué, pero envolviste los segundos con razones o hechos o algo que vagaba de tu boca a la nada.

El hielo se reacomodó y el primer trago, el que raspa, fue también lo primero de aquello que estábamos por empezar.

No es difícil decirle a una mujer que te quiero y tú me ayudaste con tus ojos. Pero después de

la o, una especie de tensión se relaja y enmedio de una respiración lenta sueltas el vaso sudado y te limpias la mano con la servilleta.

Esperé algo que ya sabía. Unas cosas mal dichas que botaron en la mesa y cayeron como dados de un cubilete. El beso empezó en la mejilla, se resbaló hasta tu boca, me hundí en el sillón de mi primera casa y remé hasta la roca donde tienden su ropa los niños encuerados. Una rama tamiza las hojas entretejiendo una hamaca para soñar contigo. Con una seña de la mano le indiqué al mesero que había terminado la primera copa. ¡Claro que quería más!

Nos avivamos, platicamos mucho, nos besamos más, seguí bebiendo de tu cuello, de tu hombro, con tus brazos me hice un retén que comenzaba en tus manos y terminaba en la noche que nacía.

Me resultaba muy agradable el ir perdiendo el peso de mi cuerpo, ir sintiendo la vecindad del aire, tomar conciencia del cosquilleo creciente, del calor de tu piel. Se estaba acelerando el ir y venir del mesero, poniendo y retirando, en dónde está la bolita, si fija bien la vista sólo verá un rostro que entresale de las nueces, que sonríe entre la niebla que nos rodea. El frío del parque nos pega en las espaldas y la banca es una barca que se arrastra por la playa, sin arbustos, infinita en su sequedad, brillante en sus inicios y brutal con nosotros.

Te quiero, te quise, te quiero, en un solo tiem-

po, sin muros que detengan el tocar del mar en la ciudad indiferente.

Respondiste a cada paso con un correr casi desesperado, las calles espejeadas por la lluvia escondida entre las piedras, aljibes de agua sucia para los pies risueños de las mujeres. La luna partía en luz y noche nuestro camino. La sombra me empujaba hacia tu cuerpo, la claridad me empujaba hasta tu risa. Los charcos nos brincaban en los pies, dejándonos tierras arrogantes con formas de recuerdo indudable.

La plataforma era estar sintiendo todo, pensando que no había término. Los elefantes y las tortugas y el sinfín de imaginables cosas, no hacía posible su finitud. El avión pasó muy alto y dejó una raya en el peinado del cielo.

—Te quiero mucho. Siempre lo haré.

—No digas nada porque todo pasa.

—Esto es seguro, no puedo dejarte.

—No me dejes.

—Tendrás que escoger entre amarme o seguirme viendo. Nos vamos o pides más.

—Las dos cosas.

—Una de las dos.

—Amarte.

—Quisiera no dejarte.

—Te veré mañana. Sírvame más.

—Ya llegamos. No hagas ruido. Abre tú.

—Bésame.

—Vamos.

—¿Prendo la luz?

—Sí. En ese mueble están las botellas. En la cocina hay todo.

Con el párpado oscurecí tu extremada realidad. Al ir quitando nuestros ropas, cerros, tierra, lujuria del diosero. Cada centímetro de tu piel era un campo fértil, barbechado, desmontado, receptivo a toda semilla o azadón, en espera de la lluvia. Arboles frutales que dan telarañas, con raíces de piedra, con hojas que crecen en el tronco, miedosas de la altura. Música que inicia su canto entre los montes y lo acaba en el templo, guardado en la apestosa tela negra que cubre a los santos.

Tu cama es desierto desarenado con viento y sombras de gavilán. Con sol y con muerte. Nos tuvo mucho tiempo, entre tu respiración y mi desintegrada visión de tus deseos. Tus dedos corrían por mi espalda, gritándoles a las mujeres del caserío, que un hombre sin comienzo había llegado para enseñarles a volar. El ruido de tu correr se alargó hasta el atrio enhierbado, asustaste a las palomas que dejaron grabadas sus sombras junto a los ángeles de cantera. Te quedaste sola ante el sacerdote enfurecido, que fue creciendo hasta romper las torres, ennegreciendo el día con tu pelo de llover lejano.

El sabor de la bebida se quedó esperando, como quien ve que se aleja el caminante cada vez más rápido en una afiebrada convulsión. El mando de iniciar la carga fue dado. Los caballos dieron fuga a su nerviosismo y por nuestros pies empezaron a subir. Con el solo retumbar de sus pisadas escalo-

friaban tu cuerpo, enmudeciendo tu garganta y electrizando tus movimientos.

El avance organizado de los cuadros daba uniformidad a la llegada, pero en ti y en mí era interminable revolución, desajustado no terminar de un juego que parece guerra.

Después de un mucho instante, sin tener que ver con la batalla, espectadores de un choque destiempado, vimos el fin con las garras en cinco dedos y un mutar de tormentoso sosiego.

Nuestra alegría flotaba sin rumbo, con movimientos torpes, golpeándose contra los postes de la avenida más alumbrada del mundo. Ya casi no quiero pedir más, pero no era posible detenerse, traían con obsesiva consistencia, movimientos mecánicos de un reloj alemán, con carril circular de mi mesa a la barra, mesero sin rostro humano, brazos colgantes, tarea bien definida.

Un pequeño reposar, un deseo interminable de ternura, una entrega sin recepción. Palabras que rodean pero no llegan, miradas que se guardan en una cajita de concha. Tu decir destartalado, contraído en un juego de realidad y sueño.

Te vi después, árboles y tardes, calles y senderos, belleza transmitida a través de un revolver de sombras inquietadas. Entrar y salir en una casa de los espejos, verte con, sentirte en todo, dejarte poco a poco.

—Yo nací en Torreón, mis padres son de Puebla. Trabajo en esa empresa, me llamo... —declinación.

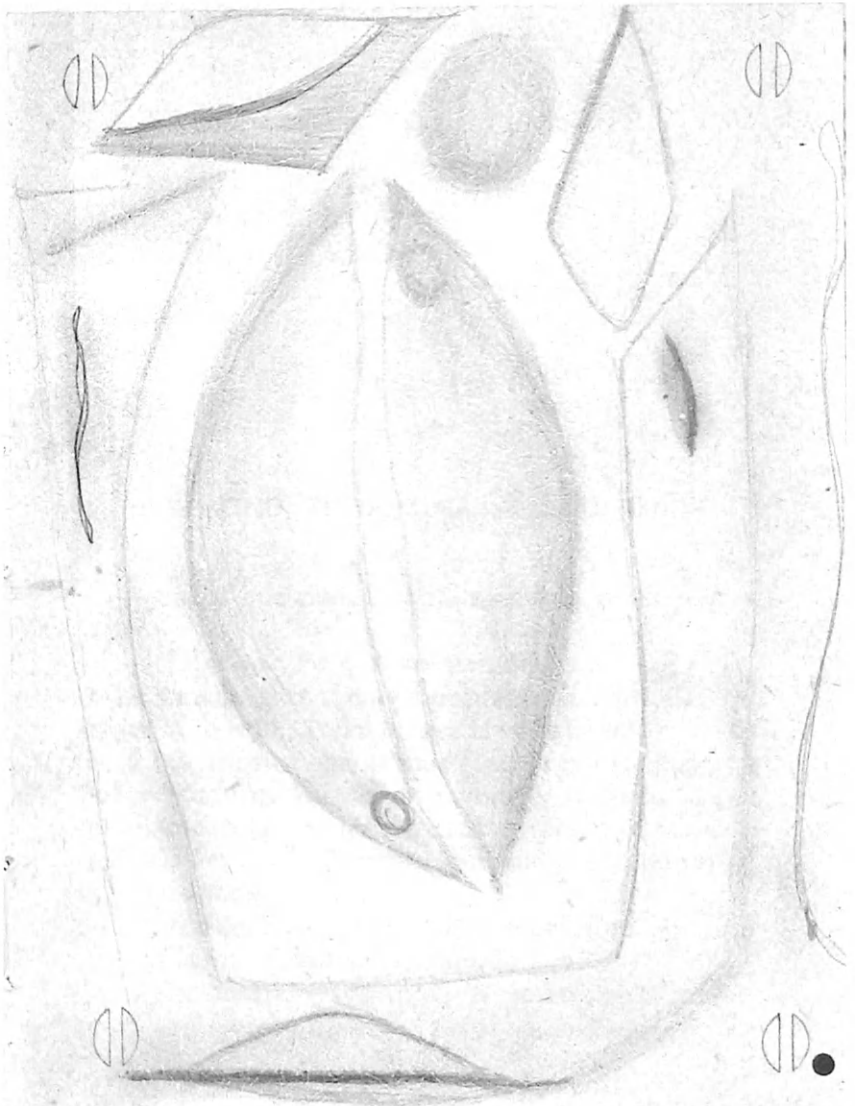
Pasó mucho tiempo y seguiste tomando forma, te saliste del viento, cincelaste tus linderos, orfebre de figuras desvenadas. Rasposa cara de un arcángel cachetón que ve con muerte en los ojos. La náusea, la niebla, el perderse en un espacio oscurecido, imposibilitado para permanecer ahí, sin poder quererte siempre, sin poder tomar más, queriendo tener la vida, no puedes elegir, todo está determinado, ya me dolerá tu presencia, tendré que bajar velozmente, brincando, rodeando cada piedra, con las luces de las casas en tu frente, sin voltear atrás, agarrado de un barrote sin sentir a la gente que me ve tambalear, sin detener las palabras en la boca, tratando de morderlas.

Todo estaba en un resorte, el sudor frío, la negrura despostillada de un parpadear sin fuerza, la gran evasión terminó en una entrega de todo lo que era mío. Devolví a la soledad lo que le arranqué contigo. El camino vuelve a ser el mismo, pocas huellas de carreta apuntando al horizonte triste, pocas hierbas revolotean adioses al que pasa, troncos podridos de olvido y piedras que esconden vida. El Vómito de Dios es irla pasando.

Falta poco para llegar a mi casa y ya casi te dejé de amar.

*¿Vas con mujeres?*
*No olvides el látigo.*

FEDERICO NIETZSCHE.



## YO DOMINO, TU DOMINAS, EL DOMINADO

—¿Sabes que nunca había amado a nadie como a ti?

—¿De veras? Porque yo siento lo mismo.

La lancha zarpó muy temprano con los deportistas a bordo. Todavía no levantaba esa niebla baja que fornica con el mar toda la noche, cuando los pescadores sin dejar de reir y bromear, preparaban las cañas, las carnadas, fijaban el rumbo, platicándose las últimas capturas y sus tamaños impresionantes.

Avanzaron hasta que la tierra era una borrosa franja sobre el horizonte líquido.

—Nos casaremos pronto. Nosotros sí seremos muy felices.

—No sabes como lo ansío.

El pescador más experimentado disminuyó la velocidad, avisando la proximidad de la presa. —el agua cambia de color y esa es la señal—. En su interior, invisible a los ojos profanos, se mueve con rapidez un precioso animal. El experto lo sabe y tira la carnada muy cerca del hambriento ejemplar. El aire es caliente, excitantemente caliente.

—Mi amor, esta es la primera vez. La boda fue hermosa.

—Deseaba tanto estar contigo.

Todo en la embarcación se volvió actividad. Ya picó, gritaban. El conocedor sentenciaba con autoridad —¡dejen que trague bien! La calma anterior, asustada por los gritos, se lanzó a nadar hasta perderse de vista. Se colocaron los aparejos y tensaron la caña.

—No importa que llegues tarde. Yo sé que los esposos necesitan divertirse con sus amigos.

—Gracias mi amor, que bueno que me comprendes.

—Dénle cuerda, déjenlo que se aleje, que se canse —fue la última orden del director. El carrete chirriaba echando humo y sobre la pellizcada superficie, se veía la estética figura del huidizo pez. La libertad se abría con brillantez solar, en un espacio que nunca sería visitado por el goloso prisionero.

—¿Te das cuenta vidita, que cada vez llego más temprano a casa?

—No quiero parecer egoísta, pero me da gusto tenerte conmigo.

Poco a poco la fuerza del animal fue mermando. No dejen que se afloje, recoge la línea —y fieles a lo instruído, le daban vueltas al carrete con rapidez mecánica. Estiraban la caña, al mismo tiempo que hacía girar la circular punta de la enconada lucha.

—Debes pensar que todo ha subido, el aceite, la leche, todo casi al doble. Yo no me compro nada para mi y no es reproche, claro, pero tú por tu trabajo te vistes muy bien...

—No es que no lo hubiera pensado pero... te voy a aumentar la quincena... mi amor.

Después de un forcejeo mantenido durante más de una hora, lentamente el pesado animal se va entregando con mansedumbre. El recoger la línea es ahora una actividad frenética con una velocidad que se aprecia en la inmensa cortada de la superficie del mar, causada por la aleta que se acerca con precisión geométrica, submarino enloquecido que observa su final por el periscopio levantado.

Uno de los pescadores, sudoroso, recibe las últimas instrucciones del experto. —Mantenlo cerca de la lancha; recoge más cuerda. Así. Espera. Con un guante cubriendo la mano, toma al marlin por el pico. —¡Súbelo un poco! grita, mientras con una barra de fierro le asesta un certero golpe. Con esa fácil operación terminó con la vida de un voraz cazador marino.

Lo suben trabajosamente, colocándolo en la

parte trasera de la embarcación, completamente inerme. Buena presa. Regresemos, ordena el conocedor.

—¿Bueno? Hijita, ¿cómo estás? Te hablo para saber cómo va todo.

—De maravilla, mami. Es un pan. Y todo gracias a tu experiencia.

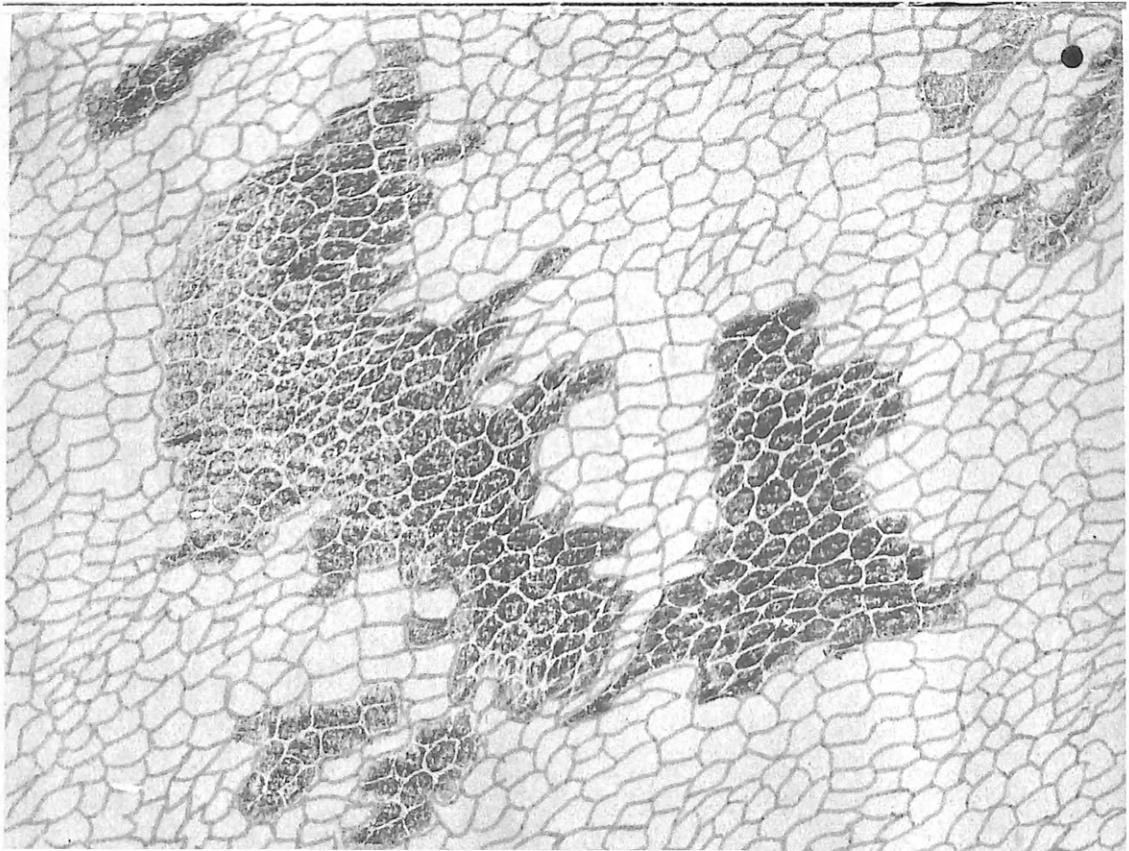
El ojo fijo, muy redondo, deja salir una mirada humosa, imperceptible. Nadie lo nota, pero parece como si hubiera derramado una lágrima. Su historia es la magnitud del pasado, lo terriblemente grande de sus sueños, la soledad del presente, el futuro escatológico.

—Vamos a ver la televisión.

—Sí... mi amor.

*Cuida de este día.*
*Este día es la vida,*
*la esencia misma de tu vida.*
*En su leve transcurso se encuentran*
*todas las realidades de tu existencia:*
*El goce de creer, la gloria de acción*
*y el esplendor de la hermosura.*
*El día de ayer es sólo un sueño*
*y el de mañana sólo una visión.*
*Pero un hoy bien empleado*
*hace de cada ayer un sueño de felicidad*
*y de cada mañana una visión de esperanza.*
*Cuida, pues, bien de este día.*

KALIDASA.



## LOS FUTURISTAS

Vamos a hacer que hacemos. Vamos a ser como si fueramos.

—Hola compadre, ¿cómo estás? Te ves muy bien. Esa pancita no te queda. ¿Cómo te ha ido con el negocio que ibas a poner? Sí hombre, el de ropa. O era de gallinas. Ah vaya, sí, con estos cambios un negocio es difícil. Yo voy a hacer uno, que si me da resultado, me dedicaré a lo que siempre me ha gustado. La música. Se trata de una distribuidora. ¿Cuál? No, eso finalmente no lo hice. Es que los impuestos, los gastos. Era muy arriesgado. ¿Mi esposa? Bien, nos llevamos bien. Hasta donde eso es posible. No, pensé en los hijos

y no me divorcié. Sí, con Laura sigo todavía. Pues ya se resignó. No la quiero mucho, pero es bueno tener algo para los ratos libres. Y tú, ¿te fuiste de tu casa como habías pensado? Me imagino, no es fácil. Los hijos pesan. Yo todavía estoy pensando en irme a un departamento. Necesito cambiar de forma de ser, mejorar mis relaciones con mi mujer. Posiblemente la próxima semana hable con ella. Oye ¿y la movidota esa que te ibas a ligar? Sí, se necesita dinero.

Bueno compadre, a ver que día nos echamos un trago. Háblame al trabajo. Sí, estoy donde mismo. O a mi casa. Si quieres llevar a la comadre. Sí, vivo todavía en ese lugar tan feo. De hecho nada ha cambiado. ¿También tú estás igual? Así son estas cosas. Nos veremos. Adiós.

*"Cada profundización en uno mismo, y cada mirada hacia el interior implican al mismo tiempo ascenso, expansión y contemplación hacia la realidad exterior".*

NOVALIS.

## ENERGIA DE LOS ACTOS

Cierto día, amanecí con una nueva cualidad. Pude percibir un cambio de colores, constante, veloz. En mi estructura, que contemplaba con placidez, estaban una cantidad infinita de combinaciones tonales. Se entremezclaban entre sí, espasmódicamente, formando a su vez nuevas coloraciones.

Estuve observándome durante mucho tiempo, más del permitido y desde luego, llegué tarde a trabajar.

Ya en mi escritorio cavilé durante mucho tiempo, si debía contarles a mis compañeros mi nuevo descubrimiento. Deseché la idea, al recordar la

fama que de loco tenía en la oficina. Con seguridad, iban a recordar cuando intenté volar. O cuando les dije que tenía las manos cargadas de energía. No, esta vez no se iban a reír de mi. Callé y disfruté solitario las mil revoluciones interiores de ser diferente.

Con gran entusiasmo comprobé que no solo en mi cuerpo podía apreciar la viveza de los colores. Por primera vez pude ver a los que trabajaban allí, con una pigmentación muy especial. Sin importar su antigüedad, todos eran color gris con manchas rojo sangre. Estas aumentaban en número e intensidad, de acuerdo con la jerarquía que detentaban.

Me comparé, multicolor como estaba y me sentí muy bien.

Inicié mi sistemático cambio de papeles y el escritorio se me hizo en esta ocasión, insuficiente. En la tarde, al salir del elevador, con horror me di cuenta de que mis colores habían desaparecido y en su lugar el gris moteado de rojo, cubría toda mi persona.

Caminé por las calles, solo y al cabo de unas horas, volví a ser multicolor.

Esa noche tenía pendiente una reunión con mis compañeros de trabajo. Estaba tan contento por mi recuperación, que no me importó el tener que soportar las estupideces que platicaban.

Cuando llegué ya tenían un buen rato de haber empezado a tomar. Los vi y ya no eran grises. Ahora estaban cubiertos por un amarillo verdoso.

Observándolos bien se podía apreciar cómo el color se les metía por los poros de la piel. Muy adentro. Yo creo que hasta los huesos.

Me senté comódamente, aguanté las burlas de los más latosos y yo también bebí junto con ellos una cantidad respetable de licor.

Para cuando amaneció, yo tenía como todos, ese mismo color.

En esa ocasión fue la noche fresca, suave, la que me curó.

Después pasé muchas experiencias, con los colores como elementos discordantes en una realidad que sólo yo podía apreciar con toda su magnífica distinción. A todas partes que iba, llevaba mis múltiples colores, vivos, hermosos y cambiantes. Pero al poco olvidarme de mi persona, sin salvación, adquiría el color dominante en espacio, cosas y gente. Por ejemplo, me volví café en una boda de mucho renombre social. Transparente cuando estuve con una mujer que amé. Negro en una iglesia católica. Verde musgo en las reuniones familiares. Anaranjado cuando traicioné a un amigo.

También descubrí los remedios para seguir siendo yo mismo. Los atardeceres, los jardínes, los niños, la soledad, la noche, las flores.

Desde que me di cuenta de esto, procuraba no hacer nada que cambiara mi estado multicolor. Lo que antes eran remedios para mis caídas, fueron luego mi actividad cotidiana. Fui muy feliz haciendo presente toda mi fuerza interior. Los colores me

servían como avisos para no salirme de mi sendero espiritual.

Por eso platiqué mis vivencias cromáticas. Al día siguiente dos agentes de la policía, me apresaron.

El proceso fue rápido. Nadie me defendió y fui condenado a muerte. Los jueces insistían en que era locura contradecir la comprobada ausencia de pigmentación en el mundo. Todo es claro y oscuro, pero sin color alguno. Esas palabras como cromático, color, pigmentación, etc., habían sido inventadas por los psiquiatras para catalogar enfermedades mentales de desajuste social. Yo, con toda seguridad estaba influido por ellos. Pero llegar hasta el extremo de darle nombre a cada color, era criminal.

Así terminó mi acusador. Los cargos fueron graves. Obsesión, conciencia, coloratismo contagioso, agresividad destructiva, comportamiento extraño y anticolectivismo.

Escribo esto antes de morir. Espero que la humanidad, en su eterno movimiento circular llegue algún día a estar de acuerdo conmigo en que los colores existen y que nuestros actos nos pueden pigmentar.

El guardia gritó ¡Al de los colores! Sí, el loquito. Acomódenlo en la cruz del centro.

*El búho, cuyos ojos están ciegos durante el día, no pueden descubrir el misterio de la luz.*

GIBRAN JALIL GIBRAN.

## YO ESTOY... BIEN.
## TU... TAMBIEN.

Una noche el hombre caminaba enmedio de la oscuridad. Cayó en un pozo muy profundo. En el fondo lodoso, brincaba y lloraba, mirando hacia lo alto.

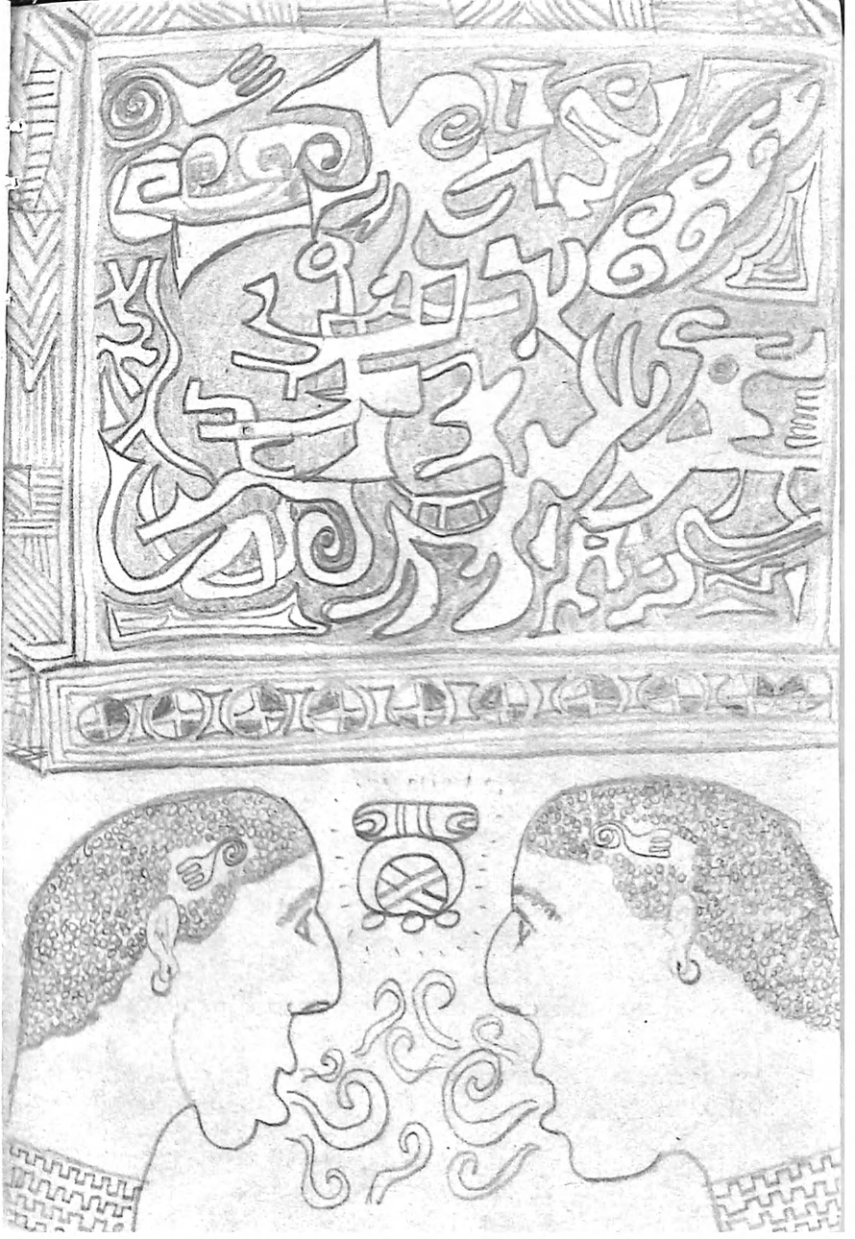
Tentando se dio cuenta de que había muchos hombres junto a él. Esto lo hizo sentirse contento.

La luna brilló alumbrando con energía la cilíndrica prisión.

Los cautivos no quisieron ver la luz. Volteando la cara al suelo, se revolvieron en el fango, alegres.

*Cuántas auroras hay que todavía no han lucido.*

RIG VEDA.



## DE LO OCULTO Y EVIDENTE

Este día tuvo un inicio muy peculiar. Hay en el ambiente una especie de frío cálido. El aire es muy agradable. Empiezo a tocar mi armónica cuando el hombre abre los ojos a la vida. La música sigue, paso a paso, el camino que caminan los humanos. Les marca el ritmo, les enseña la cadencia.

Toco con mayor rapidez, el sonido se acelera hasta llegar a la puerta de la alegría. Me interrumpo por el ruido que hace un coche al pasar. Pero sigo con ímpetu renovado. Más música, más sonido. Me vuelvo a interrumpir por otro automóvil. Me recupero gracias a un movimiento revolvente y sigo con mi armónica. Y me interrumpo otra vez

por otro. Y otra vez por otro. Y otra vez. Y otra. Y.

Después, la música desaparece bajo el ruido, para no volver jamás.

El cementerio recibe un huésped más. La música. El progreso no tiene problemas para avanzar triunfalmente, hasta conquistar el espacio.

Cuando era niño jugaba con las piedras. Hoy que es adulto, corre por entre las estrellas con un olvido entre las ropas. El olvido de su suelo.

Corren ojos desesperados buscando a la conciencia. Se les escapó hace mucho tiempo y no la encuentran todavía. En uno de sus descansos, recargados en la reja del cosmódromo, ven como suben cuidadosamente a dos astronautas en una enorme nave.

El viaje será largo y peligroso. El jovencito arroja una piedra que rompe las hojas tiernas del árbol. La quiere aventar otra vez, pero se mancha la mano de sangre.

La nave despega entre un escándalo solitario. Muy lejos de ahí los están controlando, pero lo último que vieron en su planeta fue a la máquina que los transportaba. Y antes de esa, vieron otra máquina. Y otra y otra. El recuerdo de las personas se pierde en una sucesión de espejos hacia atrás, siempre hacia atrás.

—Viajaremos mucho tiempo juntos y no se cómo te llamas. Yo soy Lauro Bretón.

—Es cierto. Tanto tiempo que pasamos en el entrenamiento y hasta ahora nos podemos hablar. Yo me llamo Cosme Blancarte.

Cuando el "me acuerdo" corre, llega hasta las regiones de la niebla. Los dos hombres se echaron hacia atrás según las instrucciones y la memoria se les vino a la cabeza, saturándola. Ahí carcomió los cerebros y cada quien pensó en sí mismo, durante mucho tiempo.

Hicieron las maniobras en el tiempo especificado y también, según la orden del manual, pudieron descansar.

—Yo vivo en el noroeste de Ciudad Central. Estoy muy a gusto ahí.

¿Tú donde vives?, preguntó Lauro.

—También en el Noroeste. ¿Por qué será que nunca te he visto?

Yo vivo, yo tengo, me gusta. ¡Peligro! La barda es de acero. Quédate ahí. Muévete, brinca, pero ahí.

Acabó el descanso. Lauro y Cosme habían tocado con los nudillos, muy tímidamente, en sus respectivas celdas. Eran grandes, hechas de un material durísimo. Santa Teresa, dime cómo entré. ¡Quiero salir! ¿Quiero?

Ya habían cumplido el primer mes de viaje. Ya conocían lo que cada domingo, sin variar, hacían. Cómo se llamaban los miembros de sus familias. El frontón, el golf, la T. V., los viernes sociales.

Por lo que más quieras, no dejes que me conozca porque me da miedo. Yo sé que en el fondo del tinaco hay una rana que canta muy fuerte, cuando la dejo salir. Pero siempre la mantengo bajo el agua. ¡Maldita rana!

Sin cesar, durante días, los sacerdotes danzan

alrededor de la víctima. No saldrás, no entrarás. Echales migajas a las palomas y ponte a mirar el desfile.

—A veces creo en la suerte, dijo Lauro. Hacer un viaje tan largo en compañía de una persona como tú, tan similar en todo, es una verdadera suerte.

—No es suerte, nos estudian profundamente y gracias a eso, pueden decidir quién va con quién.

—De acuerdo, pero cada vez tienen menos herramientas para conocernos. Si yo quiero, no me conocen.

—¿Te acuerdas de la psicología antigua? Ya no es así. Ahora la han tornado tan sutil, que no nos damos cuenta de nada.

—Sí, pero hemos desarrollado tan bien nuestros mecanismos de incomunicación y de defensa que ya los manejamos a nuestro antojo. Lo único que no puedo hacer es lo contrario. A veces quisiera platicar con alguien de asuntos más importantes que los permitidos. Ya tenemos 6 meses de viaje y a lo mejor un día de estos te hablo de mí, de mis sentimientos.

A la pared de acero se le cayó un remache. Por ahí empezó a salir un humito imperceptible. La gente se acomodaba en las escaleras de los edificios, en las bancas de los centros de reunión, en las banquetas. Anunciaron un desfile y hay que verlo. No sabemos de que será, pero vemos tan pocos que tendrá que ser bueno.

El sol está muy caliente. Ya tenemos medio día

esperando y no sale más que humo, humito de la lucha de adentro. ¡Ya salgan! Lo que sea, pero que venga ya.

Lauro recordó, se percató, funcionó. Con la goma de mascar sustituyó el remache.

Cuando tenían más de un año viajando, se manifestó un desperfecto. La comunicación con el planeta empezó a dificultarse. Había interrupciones que duraban, a veces, semanas. Cuando se reanudaban, los cosmonautas preguntaban qué estaba sucediendo, pero recibían por respuesta palabras sin peso, volátiles.

Llegó un momento en que fueron informados de una avería peligrosa, por la cual, con toda seguridad, esta sería la última comunicación hasta nuevo aviso.

Cosme y Lauro se miraron sin decir nada. Sabían lo que eso significaba. Mecánicamente verificaron los alimentos, las reservas de oxígeno y los controles de la nave.

Lauro fue el primero en hablar. —Sin quererlo, nos han cortado el cordón umbilical. Da mucho miedo ser independiente. Pienso que ahora no me sirve nada de lo que he aprendido.

Hubo días de silencio, de algo que no llegaba a la tristeza, ni a la desesperación. Era todo a la vez.

Después de ese tiempo hablaron y hablaron y hablaron.

Desde ese instante, las palabras tomaron solidez, cauce de piedra. Las flores se abrieron, los soles

se agrandaron y el agua dulce empezó a correr por entre la tierra, junto a las paredes. Cayeron los diques hasta que la ciudad quedó convertida en un hermoso lago, sereno, quieto, satisfecho, que estaba estirándose para dormir la siesta. La tarde bonachona, propició el descanso.

Vivieron los días completos y éstos pasaron. Meses de total independencia en el espacio había fortalecido su amistad.

Sin esperarlo, la comunicación con el planeta se reanudó. Les informaron del arreglo de los controles y de su próximo regreso.

Gritaron de alegría, se estrecharon con fuerza y prepararon su retorno.

—Antes de que lleguemos, me gustaría que hiciéramos el propósito de continuar esta amistad. con toda la conciencia que hemos logrado.

—Claro Lauro. Nos veremos cada semana y hablaremos acerca de todo lo que estamos viviendo.

—De acuerdo.

Fueron recibidos por una máquina que los transportó al centro espacial. Ahí estuvieron mucho tiempo antes de ver a sus superiores. Después se fueron con sus familiares y amigos. Cuando se despidieron, se hicieron una seña significativa para confirmar lo pactado.

El agua de la laguna empezó a bajar, tragada por la tierra o precipitada hacia las apresantes presas. Lentamente, las cabezas aún espantadas de los edificios, fueron resurgiendo triunfantes. Le-

vantaron los muros, las paredes, todo lo que había caído.

La primera semana, como lo habían establecido, se encontraron los dos amigos. Al principio les costó trabajo, pero luego se platicaron todo lo que habían sentido en los últimos días. Animados se dijeron adiós, prometiendo volver a verse nuevamente.

La siguiente cita iba a ser... sí, dije iba, por que Lauro pretextó un compromiso de trabajo. La otra reunión tampoco se produjo por que Cosme adujo motivos familiares. Después se vieron y la tarde fue fría de no decir, de no sentir.

El frontón, el golf, el cine, otros amigos, el trabajo (desde luego), la familia, todo se interponía evitando que las reuniones se llevaran a cabo.

El psicologo tiró el lápiz sobre el expediente titulado "Amigos" y al tiempo que se tallaba los ojos, pontificó.

—Es cuestión de esperar unos meses y el asunto se habrá arreglado definitivamente.

En una fiesta del Centro Espacial, el Comandante Argüello se dirigió al Coronel Lauro Bretón.

—Te presento al Coronel Cosme Blancarte. ¿Ya lo conocías?

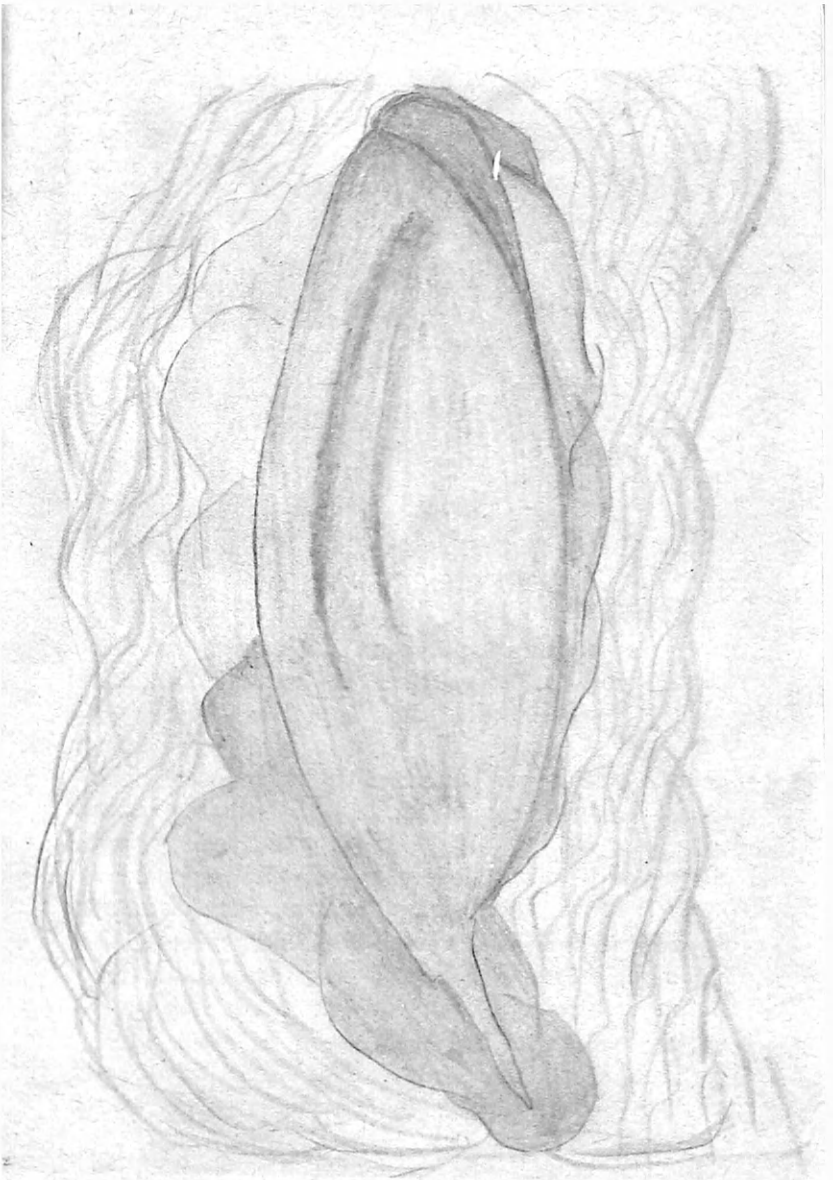
—No tenía el gusto. Es un placer Coronel.

—Encantado de conocerlo Coronel.

Después del agua, quedó el lodo y este se secó.

*El amor es un cañamazo dado por la naturaleza y bordado por la imaginación.*

VOLTAIRE.



## UN CIRCULO AMOROSO

Era un sueño de diferentes tonalidades, que terminaba siempre en una blanca realidad. La cabeza recargada en una almohada olorosa a recién lavada.

Sólo escuchaba el fastidio, caminando lentamente enmedio de una larga fila de coches; larga, larga y silenciosa.

Sólo escuchaba tu respiración que combinaba rarísimas armonías para percusión.

Sólo escuchaba cómo devorabas el humo del cigarro, cual si fueras una enorme gruta mitológica.

Sólo escuchaba tu voz, desde el primer movimiento —no te preocupes— al segundo —estás nervioso o débil— al tercero —consulta con un doctor, esto no es normal— al último —tú y yo

no funcionamos. Gran final —con mi esposo no tengo esos problemas.

—Quizás no me quieras.

—Te quiero más de lo que te imaginas. Más que a nadie.

Sólo escuchaba el sonar de la botella vacía, cayendo hasta el fondo del cesto, el encendido del motor, el correr escandaloso de las cortinas del motel.

—¿Me hablas mañana?

—Sí. Yo te hablo. Florencia... yo...

—Babay.

Sólo escuchaba el girar del disco del teléfono, infinitas vueltas, infinitos sonidos tartamudos.

—¿Guille? ¿Paso por ti?

Y nuevamente el huracán que arrasa al aire tibio, que tumba postes y rompe vidrios.

Otra vez tu carne caliente, tu deseo continuado, eterno, siempre esperando la palabra secreta, socavando con movimientos necios a una fortaleza de papel.

Pero empezamos hasta llegar al final, una y otra vez, hasta el hongo atómico, hirviente, que desencadena todas las erupciones. El jadeante llegar, el grito áspero y el abrazo desesperado.

Con risas miramos la destrucción. Te dejé caer un beso y platicamos largamente.

En un solo momento, confundiéndose las dos tristezas. Dos mitades sin dueño, sin encontrarse ni una sola vez. Perdidas en dos tiempos distintos. Desgarradas de tanto querer jalarlas, retener

a una, apresurar a otra, gritándoles que se junten en el mediodía. Y sin embargo se van, desarticuladas, cada una por su lado.

No te metas en la cama, es doloroso.

No salgas de la cama, es doloroso.

Dicen los decires que sí existe la esfera total. Yo sí creo en lo que dice el viento. Yo sí creo en esa luz que se esconde juguetona por entre las copas de los árboles. Pero ahora tengo dos mitades que no puedo juntar. ¿Dos?

—¿Quién eres tú realmente?

—¿Realmente? ¿Tú eres realmente?

Me acordé del chino y la mariposa. Realmente. Qué importa eso.

Te he venido siguiendo desde hace tiempo y cada vez que te encuentro mis recuerdos se agrietan. El olvido juega en escarolas, mientras le pongo color a lo que ya está descolorido.

A veces pienso, cuando te beso, que tus labios con sabor a melón, son un foquito de aquella luz insaciable. Recuerdo mi lucha unificadora. Veo tus cabellos flameantes, con el color del plátano. Y pienso en la mitad.

Siento tu ternura, tu alegría de agua mineral, tu corazón veloz ante las flores. Y pienso en la mitad.

Vivo que sueño y te pregunto, y te pregunto, terca labor de mi cerebro dividido. Claro que la

pregunta se queda suspendida, como el sol en mi retina.

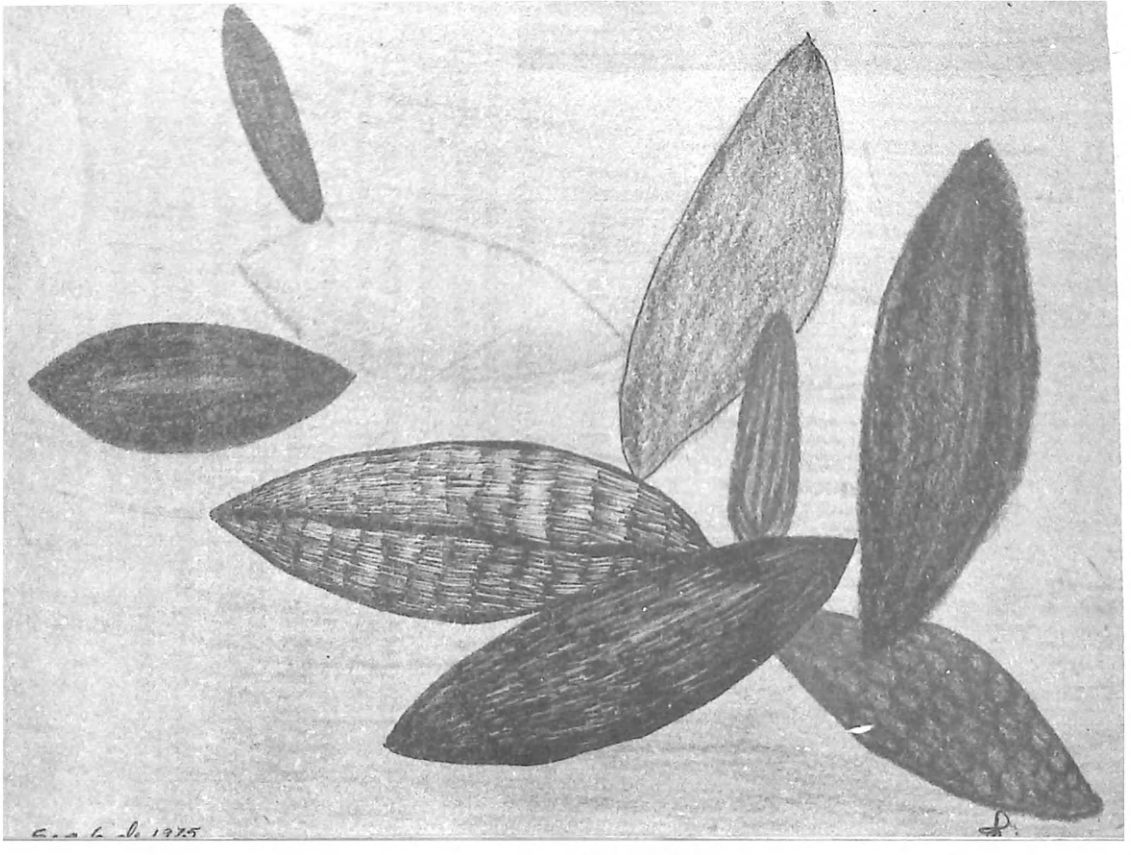
No hay respuesta, me dices. Y me vuelvo a hundir en una fosa de bruma musical. En el fondo, que yo creía no encontrar, estás tú sentada.

Te hablo y sólo tu piel me contesta, con su voz porosa. No la entiendo, pero mi piel sí. Empiezo a sentirte, a ver como despiertas abriendo con lentitud tus párpados cómplices. Al fin tus ojos. Esos ojos con el tamaño del aire. Con la tristeza de las hojas cuando caen. Con la paz de la tarde. Con la inmensidad del horizonte.

Sólo entonces te hice mía. Solos, enmedio de las imágenes pastosas y deformes. Solos en el frío del constante ser y no ser. Solos en la totalidad. Solos como en un sueño de tonalidades infinitas, que termina siempre en una blanca realidad.

*¡Cuán diverso es el hombre del hombre!*

SHAKESPEARE.



## LA MAGIA DE PENSAR EN NADA

Llegó cansado a una playa caliente y aburrida. Extendió su tienda de lona, abrió su silla en la orilla del mar que estaba sucio y oscuro. Pensó cuando se movía sin parar, cuando ganaba las batallas al no hacer nada. Recordó con flojera toda su vida, tan llena de éxitos. Pensó y recordó y pensó que no hay nada, recordó que nunca hubo nada. Que ahora está como empezó, como siguió y de pronto reconoció que ya estaba terminando.

Fue a su tienda de lona y tomó una cerveza. Se tocó las carnes y se dio cuenta de que nunca se había fijado en sí mismo. Su cuerpo gelatinoso, arrugado, le pareció más despreciable que lo que tenía dentro. Con pasos lentos, sorbiendo su cer-

veza, caminó hasta volver a derramarse sobre su silla playera.

Una lluvia ciclónica pegó con furia en su cuerpo y en su silla. Hizo que su tienda volara hasta desaparecer. Lo bañó durante un día completo. Cuando el sol, renovado, volvió a salir, ya estaba limpio y dispuesto.

Aventó muy lejos el bote vacío y dejó que el calor de una tarde ensolada lo derritiera lentamente. Consciente, por primera vez en su vida, observó que su cuerpo se estaba convirtiendo, poco a poco, en una bola babosa. No podía moverse ya, pero sí vio hasta el final, cómo un líquido grasoso bañaba la silla playera, cómo resbalaba hasta que la arena golosa absorvía hasta sus últimos respiros de hombre cansado y aburrido.

El sol no se dio cuenta y todo siguió igual, aún después de que los hombres desaparecieron de la tierra.

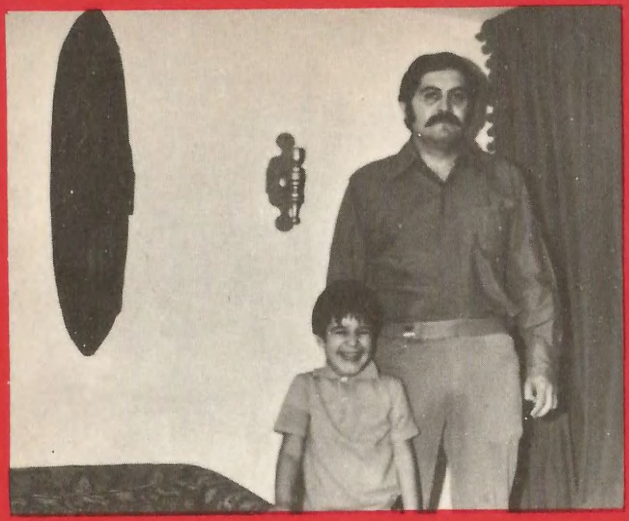
INDICE


Prólogo ..... 7
El Verdadista ..... 19
El Top Twenty ..... 33
El Sirviente ..... 39
Cuarto Movimiento. Allegro Vivace..... 51
Compañía Importante Solicita Ejecutivo Joven.. 65
Extrañación, o la Interferencia Dimensional..... 79
Había una vez una Gran Ciudad..... 91
La Historia del Envenenado..... 97
Yo Domino, Tú Dominas, El Dominado..... 107
Los Futuristas ..... 115

Energía de los Actos..... 121
Yo Estoy... Bien. Tú... También..... 127
De lo Oculto y Evidente..... 133
Un Círculo Amoroso..... 145
La Magia de Pensar en Nada..... 153

Se terminó de imprimir este libro en los talleres de Editorial Melo, S. A., Av. Año de Juárez 226-D, México 13, D. F., el día 8 de diciembre de 1975.

La edición consta de 5 000 ejemplares.



MIGUEL GUILLEN SOTURA pertenece al tipo de escritor no enmacollado, que rechaza todos los rituales de una falsa cultura con pretensiones de refinamiento y que a fin de cuentas no es más que una actitud aldeana y superficial; pero muy lucrativa.

Nació hace 34 años en el Estado de Jalisco. Empezó a escribir muy pronto, sin dedicarse nunca a la literatura como actividad principal. El no alinearse con ningún grupo de escritores, le ha dificultado el poder editar sus obras.

Autodidacta, sin estudios reconocidos, ha sabido penetrar en los conocimientos literarios y obtener opiniones propias y un medio para enriquecer su expresividad muy personal.

El mismo se considera comprometido con su tiempo y con su medio social y afirma que el escritor actual está obligado a enfrentar los múltiples problemas de nuestra época, sin esconderse en vaguedades localistas sin trascendencia universal o humana.

Entregamos éste su primer libro.

De la enajenación - Cuentos